

Miguel Mantuosa  
482032201



REVISTA MENSUAL, ILUSTRADA, LITERARIA, HUMORÍSTICA, INSTRUCTIVA.

DIRECTOR  
**FRANCISCO R. GONZALEZ**

AÑO III

SAN SALVADOR, C. A., MAYO, JUNIO Y JULIO DE 1917.

Nos. 29, 30 y 31

Así como para medir la urbanidad de una persona cualquiera, se necesita observarla a la mesa y en una discusión oral o por la prensa, para descubrir las cualidades ingénitas del pueblo de San Salvador, es decir, de todas las clases sociales, hay que convivir con ellas por algún tiempo, compartir sus intensas alegrías y sus hondos dolores; hay que penetrarse de sus tendencias psicológicas y mantenerse en un ambiente de neutralidad y elevación de miras que no permita al espíritu investigador mezclarse con los detritus sociales ni aspirar las emanaciones contagiosas de la pseudo-política militante ni de la mogigantería impenitente.

Si es en las altas funciones ciudadanas que puede apreciarse el valor moral y la educación cívica de un pueblo republicano, es en las grandes crisis sociales, sean éstas provocadas por la Naturaleza o por el hombre—y ahora se trata de las primeras,—que se muestran de relieve los verdaderos sentimientos, los instintos arraigados y las proyecciones idiosincráticas de cada nación y de cada sociedad en particular. Concretando estas premisas al caso actual de San Sal-

## LOS GOBERNANTES

Y PUEBLOS DE CENTRO AMÉRICA Y EL ALMA SALVADOREÑA ANTE LA HECA-TOMBE DEL SIETE DE JUNIO



SEÑOR DON CARLOS MELÉNDEZ

El probo gobernante salvadoreño, que en momentos angustiosos para su patria, ha tenido la satisfacción de recibir inequívocas muestras de simpatía por parte de los gobernantes y pueblos centroamericanos, del gobierno y pueblo mexicano y de otras naciones de América y Europa.

vador, a este período de prueba a que se halla sujeto fatalmente el pueblo por los fenómenos geológicos que culminaron con la ruina del 7 de junio y sus consecuencias inmediatas, hay que concluir que la ciudad capitalina es digna, mil veces digna, del alto rango político que ocupa por su abnegación, su heroísmo, su cultura y sus inagotables recursos impulsivos, morales y materiales, para continuar sin desalentarse ante el desastre, siendo el núcleo más fuerte y hábil de nuestro movimiento progresivo y el ejemplo palpitante de la indomable energía de sus moradores y de la fecunda actividad de los salvadoreños, porque la Capital es un exponente fidelísimo de las diversas regiones de la República.

No es ilógico, pues, que todos los conglomerados sociales, ricos y pobres, cultos e incultos, liberales y conservadores, católicos y reformados, todos los elementos vivos de la Nación, se hayan puesto de pie y alertas para empezar de nuevo la obra urgente y patriótica de la reconstrucción de los hogares, abatidos pero no rendidos, alentados por el alto testimonio de altruismo y solaridad que han recibido y continúan recibiendo de





los gobernantes y los pueblos de Centro América, y aún de otros que moran más allá de las fronteras istmicas, como los de México y Estados Unidos y otras naciones que han respondido unisonas al concierto de voces simpáticas que están vibrando con el alma salvadoreña y más aún con el corazón de la capital, en la tremenda desgracia que la ha sorprendido una vez más en su ya larga historia de cataclismos geológicos.

Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, México, etc., sin prelación de lugar, se han mostrado hoy ante la común desgracia nacional como en realidad son y han debido serlo ante el mundo y ante la historia, especialmente las cuatro primeras repúblicas, por sus analogías étnicas: una sola colectividad fraterna, animada siempre por el mismo hábito de independencia y unidad que la engendró y la mantuvo coherente durante los tres siglos de la dominación extraña. Y ha sido en casos análogos de ineluctable remembranza que la ciudad amable y animosa de San Salvador, la primera entre las más importantes del país, ha querido y sabido tributar sus simpatías y su cooperación eficaz, cuando las inclemencias del cielo y las plotonías se han



SR. GRAL. DON FEDERICO TINOCO,  
Presidente de la República de Costa Rica

cebado en las ciudades de Managua, Quezaltenango, Cartago y Gracias.

Pasado el momento álgido de la catástrofe y no obstante que el fenómeno sísmico sigue intermitente y amenazante, la actividad y la serenidad han reemplazado a la inercia y el pánico, y la decidida actitud impulsiva del ciudadano Presidente de la República, oportunamente secundada por su Gabinete y amigos prominentes, han servido de escudo a este pueblo ecuaníme, si exaltado y

vehemente en ocasiones culminantes de su proceso libertario, siempre optimista, alegre y generoso cuando el sol de la esperanza despunta en el horizonte de su porvenir, sonriente como su cielo azul y cierto como el Verbo que alienta la vida universal.

Como sentido homenaje de imperecedera gratitud y de simpática solidaridad a los pueblos y gobiernos hermanos de Centro América, ACTUALIDADES enaltece hoy sus páginas, con la brillantez de sus preclaros blasones, al publicar los retratos de los Mandatarios que de modo tan cabal y proficiente, han interpretado en esta ocasión solemne para El Salvador, el hondo sentir de sus respectivos pueblos.

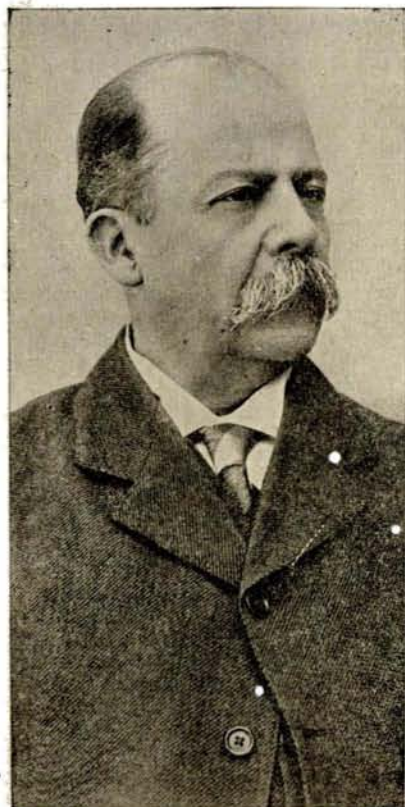
Los que tuvimos la pena negra de experimentar los bamboleos de la superficie terrestre en este

Valle de las Hamacas la noche del 7 de junio de 1917, movimientos que precedieron y siguieron a la erupción tempestuosa y formidable de los nuevos cráteres del Volcán de San Salvador, presumimos al principio que en todo el distrito de la ciudad y alrededores no quedaría ni una sola edificación para muestra, ni un monumento artístico, ni un templo, especialmente aquellas construcciones que ostentan altas torres y elevadas cúpulas, como la Basi-

## ASPECTO EXTERIOR DE SAN SALVADOR DESPUES DEL TERREMOTO

lica del Sagrado Corazón, la Catedral, la Casa Blanca, el Teatro Nacional, etc. de 25 y más metros desde la superficie. Sin embargo, el sistema de construcción adoptado, que es el más moderno, ha salvado a estos edificios de la catástrofe, pudiendo decirse que casi no han sufrido nada. Por la misma razón y siendo menos altos, quedaron en pie, sin señales ostensibles de averías mayores, el Palacio Nacional, la Universidad, la Escuela Politécnica, el Hospital Rosales, la Penitenciaría, las estatuas de Barrios y de Morazán, el monumento del Cam-





SR. LICDO. DON MANUEL ESTRADA C.

Presidente de la República de Guatemala

po de Marte y todas las casas modernas recién construidas de hormigón o de madera y lámina de hierro. Así que el aspecto general de San Salvador, al menos en la zona central más granada, salvo los escombros del grande incendio, el monumento de la Libertad del Parque Dueñas y los adornos del Parque Bolívar y el atrio del Rosario y Avenida Independencia, sin contar los desastres lejanos como la caída de la Escuela Normal en San Jacinto y de la Escuela de Medicina y estatuas de Rosales y Alvarez en las inmediaciones del famoso Hospital, y exceptuando también los montones de escombros que extraen del interior de las casas, en su mayor parte construidas y de vulgar arquitec-

tura, la condición de la ciudad y sus perspectivas son menos desconsoladoras de lo que pudieran imaginarse espíritus ponderativos y timoratos, propensos por lo mismo a terribles fantaseos. Mucho ha sufrido, en verdad la gran mayoría de edificios públicos y particulares, y entre ellos los había de subido precio intrínseco y pecuniario, como la Escuela Normal, la Escuela de Medicina, los chalets que construyó el Ingeniero Saccagna, la mansión de don Carlos Barahona etc., etc., mas es indudable que de otro modo habría tardado muchos años la ciudad de San Salvador en transformarse a la moderna y de modo uniforme; viniendo por modo trágico e inopinado el terremoto del 7 de junio, a coadyuvar con la Junta de Fomento y las personas de buen gusto y capital en la obra de librar a la metrópoli de la edificación anticuada e insegura que privaba en las barriadas y aún en el Centro de mayor actividad y riqueza.

Cuando sali al Centro por primera vez en la mañana del 8, llevando casi el convencimiento de que sólo ruinas hallaría al paso, me sorprendí agradablemente con las perspectivas de las principales calles y avenidas, pues de lejos parecían intactos el Palacio Nacional, la Universidad y Catedral, la Escuela Politécnica y la Tesorería General, la mansión del Ministro Palomo, el Banco Occidental, el Cabildo Municipal, La Gran Bretaña que ocupa el edificio nuevo de la firma Guirola y otros edificios de los mejores, como los portales del Parque Dueñas, la residencia de don Emeterio Ruano, etc. todos edificios que dan a la capital un sello de refinamiento y buen tono y que con pocas reparaciones continuarán embelleciendo el recinto más atractivo de la metrópoli.

Sin embargo, muy sensibles son las pérdidas sufridas por los propietarios y arrendatarios de gran número de casas centrales y de los barrios. Puede afirmarse que en cada manzana, compuesta generalmente de 16 a 20 casas, la quinta parte ha quedado habitable sin riesgos, otra quinta parte semidestruidas y las demás en condiciones de ser demolidas totalmente, por ofrecer inminente peligro para los transeuntes y para las casas vecinas.

Es incalculable hasta el momento el número de toneladas de escombros removidos y la cantidad de pesos perdida





SR. GENERAL DON EMILIANO CHAMORRO  
 Presidente de la República de Nicaragua.

por los propietarios y el gobierno; pero si puede anticiparse a modo de consejo y observación, que en lo sucesivo evitarían desgracias y ahorrarían dinero las construcciones de madera y hierro, ya que en esta hecatombe todas las de este sistema han resistido victoriosamente las furiosas embestidas del subsuelo, salvándose las personas, los edificios y el mueblaje.

#### *Avenida Independencia*

Esta moderna vía de San Salvador, inaugurada sin terminarse al principiar el Siglo, no llegó a distinguirse por las construcciones arquitectónicas que la limitan, pues con algunas excepciones, la mayoría de las casas edificadas sin plan ni concierto ninguno y hechas de precisión como para ocupar sitio en previsión

del alza de los precios, no obedecían a los órdenes arquitectónicos que la civilización ha consagrado como la última palabra del buen gusto y del Arte; predominando por consiguiente en ellas un gusto depravado, más digno de censura que de aplauso, si se considera que tal vía fué abierta con el propósito de hacer de ella un modelo y un lugar de esparcimiento culto y saludable. Lo que hace interesante la Avenida, comunicándole singular movimiento deportivo y comercial, es su trazado ancho conteniendo cuatro aceras con sus desagües, línea de tranvía en el centro, espacios laterales para caballerías, carruajes, autos y bicicletas; la Estación del Ferrocarril Occidental a su extremidad oriental, las dos filas de árboles que sombrean las aceras, y, sobre todo lo dicho, las notables perspectivas naturales que ofrece durante todas las épocas del año, pues realmente los crepúsculos contemplados en este sitio ameno de San Salvador parecen más bellos, más sugestivos y predisponen al viajero a gozar en un ambiente sano de los atractivos de la metrópoli. Esta Avenida venía siendo enriquecida con bustos de prominentes figuras históricas nacionales y extranjeras, adornada con pilintos y jarrones pintorescos y con monumentos y estatuas simbólicas. El terremoto echó por tierra toda esta ornamentación, librándose del monstruo solamente siete figuras, que son: los Próceres José Matías delgado e Isidro Menéndez, el Obispo Zaldaña y cuatro simbolismos: advertimos que el Prócer Manuel José Arce ha sufrido una mutilación en la nariz, y tanto esta efigie como las del inmortal Manco de Lepanto, Porfirio Díaz y las demás yacen en el suelo derribadas, pero no profanadas por las muchedumbres que van a recontar las ruinas.

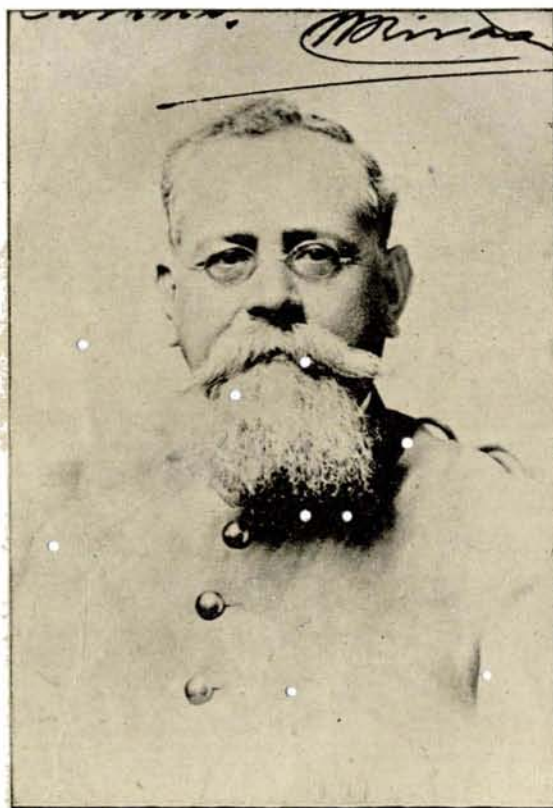
Ahora la Avenida, con sus barracas presenta un aspecto de feria, atenuando esta circunstancia pasajera el efecto desastroso del terremoto. La Estación del Ferrocarril por ser de madera y lámina, no sufrió apenas, corriendo contraria suerte el Colegio Salesiano con su Capilla y todas las construcciones que no eran de cemento armado ni de lámina ni de madera.

Siguiendo la ruta del tranvía, a partir del extremo oriental, o sea desde el kiosco de la banda de música que quedó in-



SR. DR. DON FRANCISCO BERTRAND,  
Presidente de la República de Honduras





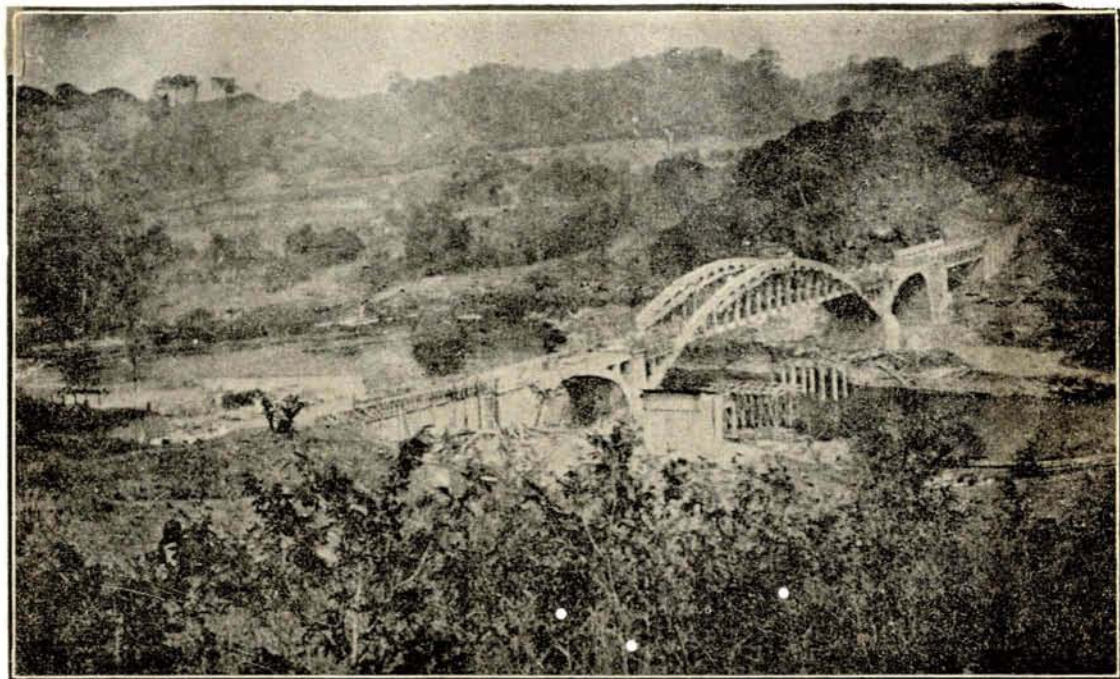
SR. GRAL. DON VENUSTIANO CARRANZA  
Presidente de los EE. UU. Mexicanos

tacto, hasta su empalme con la 7a. Calle Poniente y 15a. Avenida Norte, trayecto de dos kilómetros con los edificios más grandados de la ciudad, el observador puede formarse una idea aproximada de la magnitud de la catástrofe del 7 de junio inolvidable, pues no puede menos de notar al paso las ruinas siguientes, cercadas de sus propios escombros: Cuartel de Infantería, Casa Presidencial, Palacio Episcopal, Lyon d'Or, adornos del Parque Bolívar, Casa Dreyfus Schwab, Mercado Central, Dirección General de Telégrafos y Teléfonos y casi la totalidad de las casas de habitación que no eran de madera y lámina. Formulando al vuelo un cálculo arbitrario,

pero probable, de las propiedades arruinadas en este sólo trayecto de dos kilómetros, bien nutridos, y subdividiendo las cuarenta cuadras en cinco casas por cada cien metros de frente, tenemos doscientas casas deshechas o en ruinas, que necesitan serias reparaciones cuando no su completa demolición. Cuántos edificios destruidos o damnificados no habrá en sólo el Centro de San Salvador, que comprende un perímetro de ciento cincuenta manzanas, más que menos, por la irregularidad de los cuadriláteros...!

CARLOS URRUTIA

Junio 17 de 1917.



**H**ACE muchos años que se palpaba la necesidad de la construcción de varios puentes sobre el río Lempa, cuyo caudal de aguas en la estación lluviosa dificulta grandemente la comunicación entre ambas riberas.

Durante la administración del General Gutiérrez se hizo el primer esfuerzo en este sentido, habiéndose llevado a cabo la construcción de uno de hierro, el cual, antes de su recepción, se sepultó en las ondas turbias del río.

A la actual administración, cuyo norte es el positivo progreso del país, le ha tocado la realización feliz de obra tan útil y necesaria, habiéndose comenzado los trabajos en 1914. Actualmente se halla a punto de ser terminada la hermosísima construcción, pues la cimbra del arco central y principal de la obra ha sido quitada el lunes 23 de abril, con éxito completo y sin el menor incidente.

Dicha obra fue contratada por el gobierno del señor Presidente Meléndez, con la conocida firma A. Ferracutti y Compañía, que ha poco ha entregado el Teatro Nacional, hoy día gala y principal ornamento de nuestra capital.

### PUENTE «SAN MARTÍN» SOBRE EL RÍO LEMPA

El terremoto del 7 de junio no afectó en nada a la localidad en que está emplazada esta hermosa obra, y creemos que aunque hubiese sufrido las terribles sacudidas, siempre hubiera quedado en pie pues hemos tenido ocasión de observar que las construcciones hechas en el país por el sistema de hormigón armado no fueron derribadas ni presentan serias averías.

La Sociedad A. Ferracutti y Compañía fue formada en 1912, por los señores escultor don Alberto Ferracutti e Ingeniero don José María Peralta, representante este último, de la casa Henebique, habiendo entrado posteriormente a formar parte de la misma, para la obra del puente, el señor Ingeniero don Amalio O. Laura, por ausencia del socio señor Peralta.

El puente, enteramente de hormigón armado, tiene un largo total de ciento setenta y dos metros y una anchura de seis.

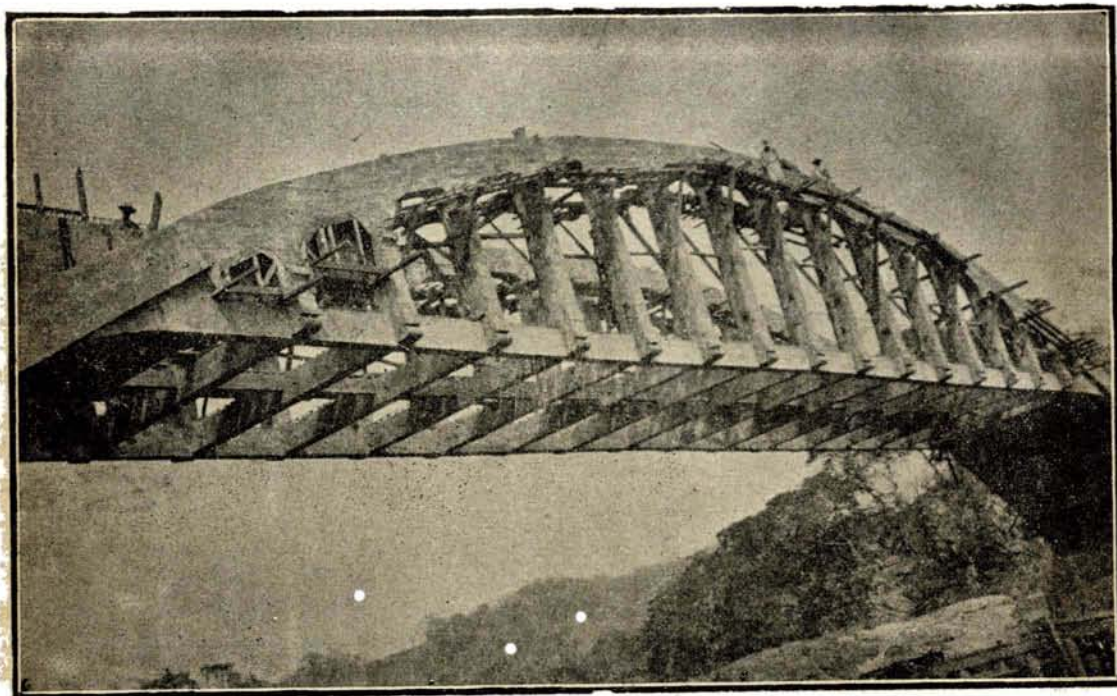
La elevación del piso sobre las aguas durante el estiaje es de doce metros; y en las mayores crecidas—temporal de 1906—será de tres metros.

El proyecto primitivo constaba de tres arcos, uno central en forma de *bow-string*, de sesenta metros de luz y dos en los extremos, en forma de arco parabólico, de veinte metros cada uno. Habiéndose decidido levantar el piso del puente, a causa de las grandes crecidas que parece que van siempre en aumento, hubo necesidad de cambiar en parte el proyecto, añadiéndole un cuarto tramo al lado oriental, de otros veinte metros de largo.

El puente «San Martín», nombre del



## ACTUALIDADES



PUENTE «SAN MARTIN».—Detalle del arco de 60 metros

ilustre gobernante don José María San Martín, natural de Suchitoto, se halla emplazado en el lugar llamado «El Remolino», como a 15 kilómetros al NO. de aquella ciudad, a unos 80 de la capital y a 14 de Chalatenango.

Grandes dificultades han tenido que vencer los empresarios para llevar a cabo esta importantísima obra, pues no sólo sus proporciones excepcionales han presentado difíciles problemas técnicos, sino que la gran distancia a que se encuentra de la capital y lo despoblado del lugar en que había de construirse, han elevado enormemente el valor de la obra muerta, de los fletes y de la maniobra.

Hubo que construir primero grandes edificios para talleres, bodegas, oficinas, casas de habitación para los operarios y vivanderas, etc.

La enorme cantidad de maderas para las cimbras y los moldes ha sido preciso llevarla desde lugares alejados, como la hacienda Pañonalapa, y las altas cumbres de la frontera de Honduras. Aquí fue necesario hacer caminos especiales.

La guerra mundial trajo también consigo multitud de contratiempos.

Gran parte de los materiales y útiles debían salir del puerto de Amberes el día 4 de agosto de 1914, en el vapor *Saint Thomas*, de la Compañía Kosmos. Este vapor, con dichos materiales a bordo, fue incendiado y hundido junto al muer-

le el 23 de septiembre del mismo año.

Hubo que comprarlo todo de nuevo en los Estados Unidos, pagando precios y fletes exorbitantes, imprevistos, y a altísimos cambios. Algún pedido fue preciso hacerlo tres veces y en ocasiones se llegó al extremo de tener que comprar materiales a precios de plaza en San Francisco y en Los Angeles.

Los empresarios, con la ayuda siempre del Gobierno y el apoyo especial del señor Presidente Meléndez, han hecho cuanto estaba a su alcance, para cumplir sus compromisos.

A causa de la gran aglomeración de carga en el puerto de Nueva York, una partida importante de hierro, que debió llegar en enero del año pasado, no arribó sino a fines de abril, y habiéndose inaugurado el invierno violentamente y cuando la cimbra se hallaba lista para recibir el hierro, fue arrastrada por la violencia de la corriente el día 13 de mayo. Este sólo contratiempo ha retrasado en un año la conclusión de la obra.

Actualmente todo peligro ha pasado. El plazo para entregar el puente expira en agosto, pero los empresarios se están esforzando por entregarlo y ponerlo al servicio un poco antes.

Trabajo tan costoso, delicado y no exento de peligros, ha sido llevado a cabo con toda clase de precauciones, y así no ha habido que lamentar apenas ac-



## ACTUALIDADES



PUENTE «SAN MARTIN».—Arco central de 60 metros.

cidentes. Únicamente las enfermedades molestaron bastante.

El proyecto primitivo fue ejecutado por la casa Hennebique, de París: las modificaciones y dirección de los trabajos estuvieron a cargo del señor Ingeniero don Amalio O. Laura, de la firma A. Ferracutti y Cia.

Los trabajos no fueron interrumpidos ni un momento, a pesar de los rigores del clima, que, en ciertas épocas, dificultaban su prosecución. En los últimos seis meses se ha trabajado de noche. Hay que advertir que la media de los operarios ha sido siempre de unos 300.

No sólo los ingenieros oficiales han practicado frecuentes inspecciones, la obra fue también visitada en ocasiones por altos funcionarios del Gobierno, habiendo estado allá en diciembre de 1915

el señor Presidente de la República quien se mostró sumamente complacido, haciendo algunas observaciones, que los constructores acataron por juzgarlas acertadas.

Obras como la presente, no se construyen todos los días, ni abundan tampoco en otros países. Para encontrar semejantes, es preciso salir de los límites de Centro América, o cruzar los mares.

Tres años se han invertido en esta construcción, cuyo costo se eleva a la importante suma de \$470,000, estando incluida en esta cantidad, el valor del puente sobre el río Acelhuate, en el paso llamado de Los Canales, junto a la hacienda «Colima», cuyo puente está compuesto de dos tramos rectos, uno de 16 y otro de 9 metros, enteramente de hormigón armado y que fue puesto al servicio hace más de dos años.

**H**AY una ley primitiva, no escrita en ningún libro ni promulgada en ninguna gaceta, pero siempre vigente y con más

o menos claridad conocida de todos los hombres: es la ley natural, en cuya observación se encuentra la armonía placentera de la vida, y cuya sanción consis-

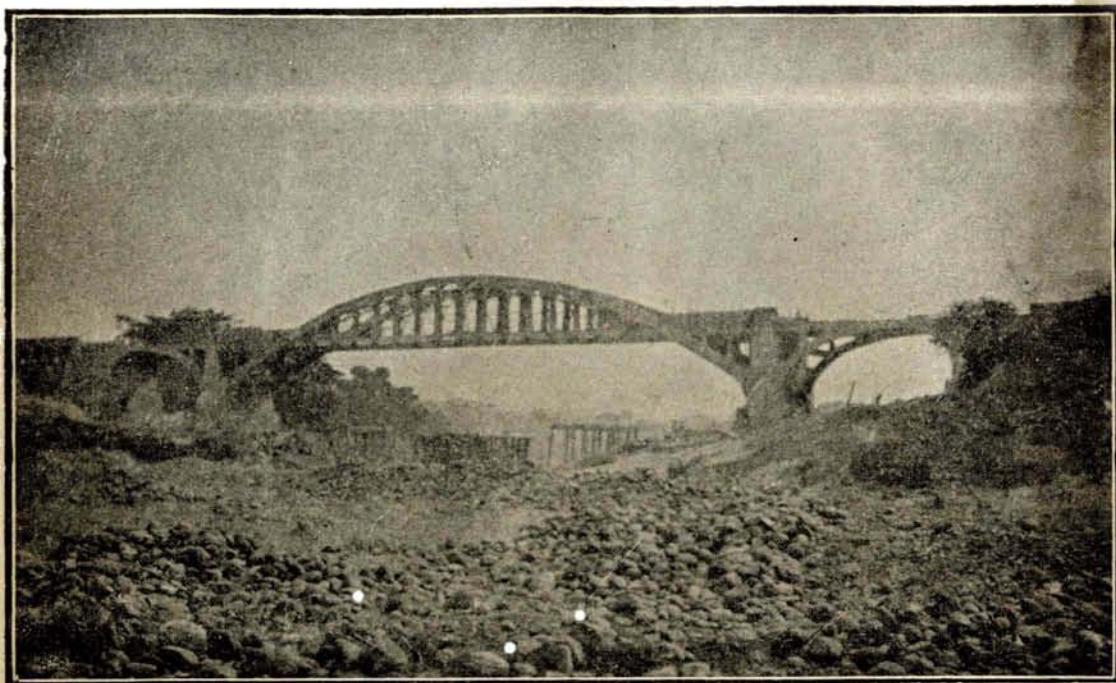
### LA VIDA NOBLE

te en el penoso desorden que llevan aparejadas sus infracciones. Y con tal seguridad corresponde la pena a la desobediencia, que

no hay ninguna de estas que no acarree en exacta proporción el sufrimiento.

Dolor, enfermedad y muerte son las consecuencias de la violación de esa ley





PUENTE «SAN MARTIN».—Vista parcial.

augusta, con tan sencilla sabiduría definida por el jurisconsulto romano. El avaro sufre privación de mil gozes licitos y de no pocas necesidades, empobreciendo su vida hasta dejarla reducida al solo fin de acumular riquezas. El glotón se pierde por el estómago. El perezoso se enferma por dejación de facultades. El envidioso parece intoxicado por el daño que el bien ajeno le causa... Y así los demás vicios: en todos el trastorno doloroso que experimenta el hombre sanciona efectivamente la ley desacatada. Si tuviera tiempo de detenerme a recordar, os podría ofrecer un cuadro completo de enfermedades conocidas y clasificadas por la medicina en exacto paralelismo con las pasiones.

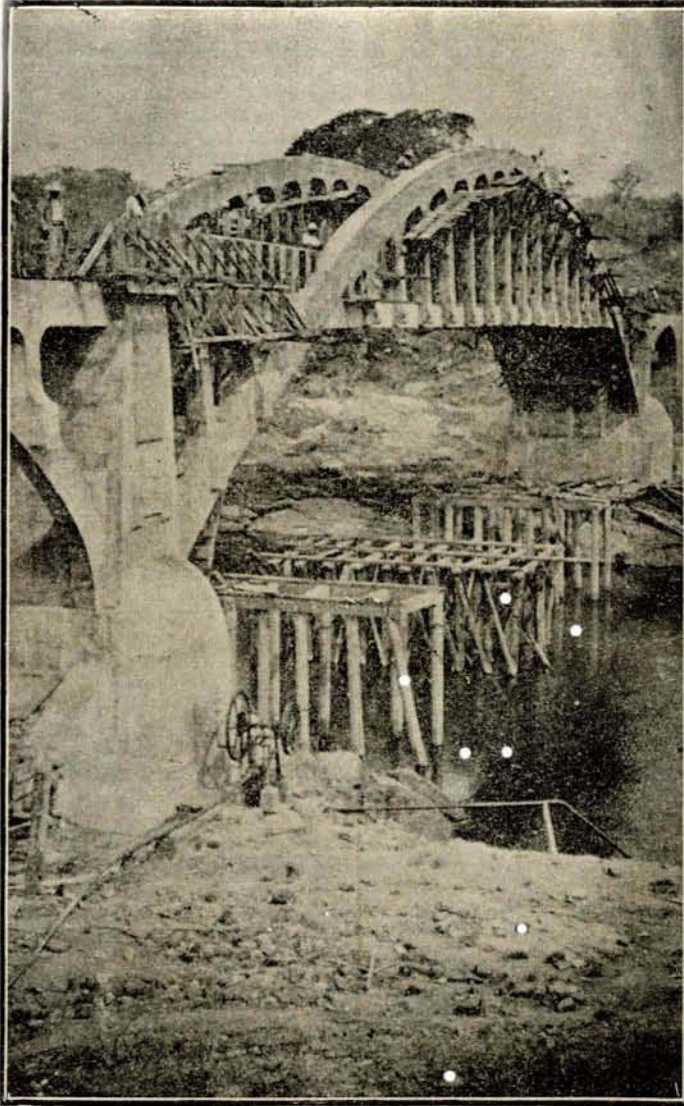
La ciencia vulgar resume toda la doctrina en aquel refrán. que nos advierte que "en el pecado se lleva la penitencia". Por eso decía Paracelso, un médico filósofo con tanta injusticia menospreciado por sus contemporáneos como olvidado por la posteridad, que los resultados de la obediencia a la ley son la armonía y la salud, y los de la desobediencia se llaman discordancias o enfermedades, y que aquel que es dueño de sí mismo es su propia ley y no pertenece a nadie más que a sí propio. Lo repetiré con sus mismas palabras, escritas no recuerdo bien si en *Paramirum* o en *De fudamento*

*sapientiae: Non sit alterius qui suus esse potest.*

Al cumplimiento de la ley se opone el egoísmo, que, siendo el agente más poderoso de la voluntad, es también su más fuerte obstáculo. Ya supondréis que hablo del egoísmo convertido en pasión, del exceso de amor propio que agranda desmesuradamente ese instinto, porque en cuanto luz y guía puestas por la naturaleza en lo íntimo de nuestro ser, el egoísmo es no solo licito, sino necesario para la conservación, la defensa y el progreso del individuo. Pero el egoísmo exacerbado, que hace que cada uno se mire como el centro del mundo, eje de la humanidad y foco de universal convergencia, con desprecio de las necesidades y de los derechos ajenos, engaña al hombre, ocultándole una grandísima parte de la verdad de su ser, que es esencialmente sociable, menesteroso de sus semejantes, en quienes ha de hallar los auxilios y las cooperaciones que deben asistirle en su vida. Y como estas no se logran sino bajo un sistema de reciprocidad más o menos riguroso, véase por donde el egoísmo atenta contra la sociedad: impotente para destruirla es bastante para perturbarla, disminuyendo su eficacia.

MARIANO ARAMBURÚ Y MENACHO.





PUENTE «SAN MARTÍN».—Perspectiva lateral.

## LOS QUE SE SOBREVIVEN

Por JOAQUIN DICENTA

El artículo que transcribimos es uno de los últimos trabajos que dió a luz el insigne dramaturgo español, recientemente fallecido.

**O**BLIGACIONES del oficio me hicieron la otra noche dar de lado a mis achaques y dolores, y me llevaron a un importantísimo teatro. Entré por la puerta *de atrás*, esa puerta que atravesamos los autores con las orejas gachas

cuando el público nos dice, con su rudo y sincero lenguaje, que no hemos sido estrenadores de su gusto.

Antes de llegar al escenario hay una especie de antesala, por la cual pasea un portero que tiene las llaves del cielo o del corredor que comunica con la dirección y con el saloncillo. Sin permiso del portero sólo puede seguir adelante el que los directores quieren. Tiene este San Pedro teatral firmeza incommovible en el desempeño de su cargo: la firmeza que dan tres pesetas de sueldo, perdidas para él el día en que su corazón se ablande o se doble su rigidez.

Hay en la antesala un par de bancos de desecho y tres o cuatro sillas deshechas. Una lámpara de cinco bujías semialumbra el recinto por donde el portero va y viene con las manos en la espalda y la gorra de galones sobre la cabeza.

En uno de los bancos había sentadas tres personas: una mujer y dos hombres. Pasaba junto a ellas sin mirarlas, cuando uno de los hombres se lanzó del asiento, y dirigiéndose a mí, exclamó: «¡También tú me niegas el saludo!»

Alcé los ojos y le reconocí, no sin trabajo, a hablar francamente.

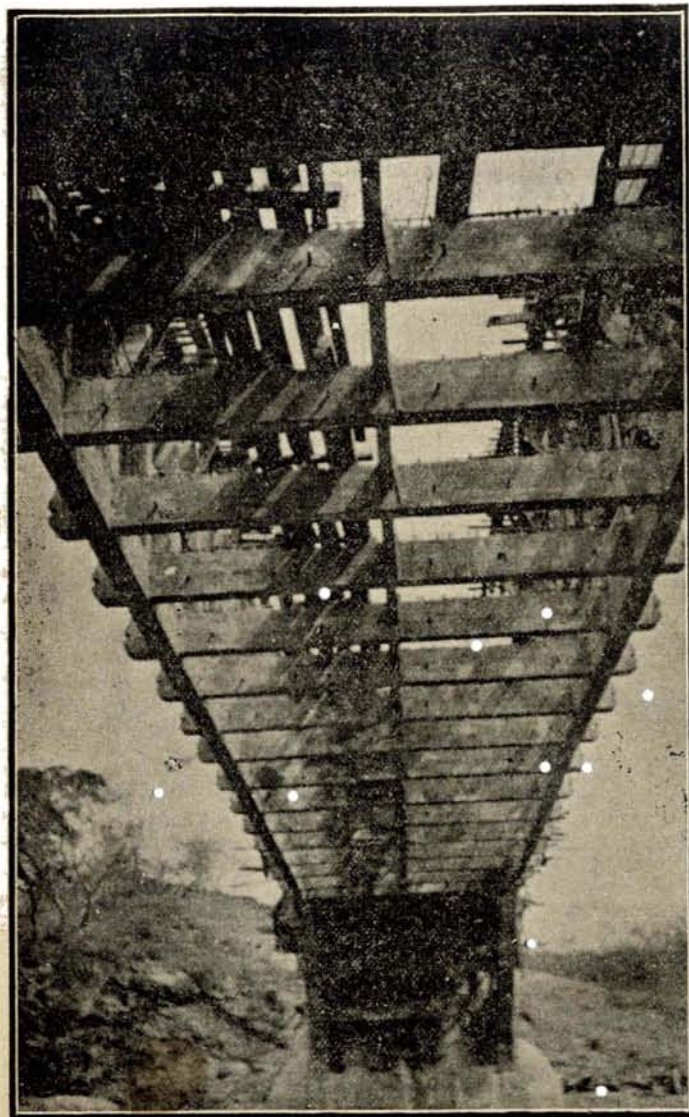
Era un antiguo compañero, periodista y dramaturgo, de cierto y justificado renombre allá cuando yo comenzaba a hacer piernas en diarios del género chico y en teatros de mínima circulación.

—¿Tú?—dije.

—Sí, hombre, yo. Aquí me tienes aguardando que el señor empresario me quiera recibir; aquí me tienes con mis setenta años y mi cabeza despelada y mi barba de siete días y mi traje roto, aguardando que el empresario me haga el favor de recibirme. He llegado a ser de los que no entran sin permiso del portero.



## ACTUALIDADES



PUENTE «SAN MARTÍN».—Perspectiva de la parte inferior del arco de 60 metros.

Y se encogió de hombros con resignada y melancólica ironía.

Veinte años atrás, aquel hombre, aquel mendigo de la empresa, vestía correctamente, redactaba crónicas teatrales en un periódico y merecía en el escenario, no diré siempre, pero sí alguna que otra vez, los favores del público.

No era un genio ni un talento de primer orden; pero sí era una medianía como tantas otras que hoy gallardean por esos periódicos y por esos escenarios de Dios.

Entonces gracias a sus crónicas tea-

trales y a sus comedias, en más o en menos aplaudidas, entraba mi hombre por los saloncillos, engallándose, tuteando a empresarios y cómicos y hasta siendo alguna que otra vez personaje accidental por obra de un éxito, también accidental.

Pasó su tiempo, se anticuó, quedó fuera de uso; la empresa echó del periódico y los públicos del teatro. Fué un hundimiento gradual, triste; y al cabo de veinte años, el que inspiró miedo a los actores y mereció escénicos aplausos, era algo inútil, un juguete roto, una cosa inservible que aguardaba en el banco de la paciencia una limosna más o menos disimulada.

La contemplación del primer sujeto me hizo pensar en los otros dos. También los conocí.

Ella era Rosa, actriz que nunca pudo salir de tercera dama; pero que veinte años atrás *pasaba* en el escenario y hacía pasar la pena negra en el camarín a sus múltiples adoradores.

Fué en sus tiempos una hermosísima mujer. Fresca, alegre, llena de gracia y travesura, debió más sus éxitos a su carne que a su inteligencia, verdad; pero debióse a lo que se debiera, nunca la faltaron aplausos y contratos.

Hoy, vieja, triste, con la cara llena de arrugas y el traje de zurcidos, aguardaba también en la antesala el bondadoso: «Pase usted», dicho por el portero en nombre de la empresa.

El otro sujeto era un autor. Este había sido de los buenos, sólo que sus muchos años y sus malas andanzas le dejaron del todo inservible, y adiós desdenes suyos hacia autores principiantes y cómicos en germinación; todo se des hizo como el humo al choque del aire, y allí estaba, sobre el banco roto, el viejo cultivador de públicos y públicas.





DON JOSÉ MARÍA BLANCO T.

**C**APITALISTA y filántropo salvadoreño que se ha consagrado a hacer el bien sin vanos alardes; sus actos caritativos durante el pasado terremoto nos los han referido muchos pobres.

Me despedí de ellos y entré por el corredor adelante mientras el portero se quitaba la gorra y pronunciaba respetuosamente un «Buenas noches don Joaquín».

En el saloncillo, inundado de luz, tertuliaban los de costumbre: autores, cómicos, periodistas; el empresario extremaba con todos ellos su afabilidad y su cortesía. Todos ocupaban sus asientos con el orgullo a que dá derecho la justa posesión. Las actrices sonreían y coqueteaban en sus cuartos; los autores chismorreaban en los suyos... El empresario, contestando al avisador que le hablaba en voz baja, gritó: «Diga usted que vengan mañana, que no les puedo recibir».

Es seguro que se refería a los de abajo, a los que tuvieron la desgracia de seguir viviendo después de haber muerto oficialmente.

A ellos se refería. Yo me puse triste. ¿Por ellos? No; por mí por todos los que al presente todavía

gallardeamos en los saloncillos, en los corredores, en los cuartos de los teatros; en los cafés y en las redacciones periodísticas.

¡Quién sabe si, dentro de pocos años, nosotros también destronados por la moda o por la impotencia, seremos, como los de abajo, supervivientes de nosotros mismos, trastos inútiles que la miseria o el desdén arrinconarán sobre éste o aquel banco, tumba provisional de nuestra vanidad y de nuestros triunfos!

Si; es muy triste sobrevivir en esta vida efímera de la popularidad y del arte.

Vale más morir joven, cuando esperan en uno, cuando aún, mujer u hombre, setiene belleza o gallardía, ingenio más o menos real, prestigio mejor o peor al canzado. Entonces, la muerte es una complaciente señora, pero le permite a uno la satisfacción de morirse creyendo que los de más creen.

Lo horrible es seguir viviendo muerto, para ser superviviente de uno mismo e ir paseando por el mundo su mal trajeado cadáver.

JOAQUÍN DICENTA.



DR. SALVADOR CALDERÓN

**P**ROFESOR de Química, gallardo luchador en el terreno de la Ciencia; sus escritos sobre los últimos fenómenos geológicos revelan la variedad de los conocimientos que posee.





SALVADOR MARTÍNEZ FIGUEROA

En las siguientes páginas hacemos una selección de juicios sobre la personalidad literaria de Salvador Martínez Figueroa; queremos así honrar la memoria del que fué nuestro compañero en las labores de esta revista: sean esas páginas las siempre vivas que lleva ACTUALIDADES a la tumba del brillante escritor y amigo inolvidable.





HAY que derramar los perfumes de las rosas más fragantes sobre esta tumba que se abre. Hay que agitar todos los sistros y los salterios en esta hora que el llanto sube a los ojos y enturbia las pupilas y vuelve temblorosa la voz de los poetas.

Hay que escanciar el aroma de todos los vasos y el vino de todas las odres de la amargura en estos minutos de angustia. Hay que

abrir los surtidores del corazón y dejar correr el agua amarga y roja de esta herida que sangra.

La tristeza pasa sobre el espíritu como el agua fuerte sobre la carne doliente que el dolor macera.

Un hábito de muerte sopla—tal una racha de nieve—apagando la lumbre y extinguiendo el calor de una lámpara encendida en los altares de la Belleza. En el jardín solariego se ha marchitado un rosal. En el huerto del patrio solar se ha callado una fuente y ha enmudecido un ruiñeñor.

Un nidal de alondras otrora grávido de trinos se ha tornado silencioso y triste.

Huérano de sol, de primavera y de savia se ha vuelto mustio de invierno un jazminero en flor.

La mano de la Intrusa que «asi como derriba robles degüella lirios» impulsó hacia los abismos de la sombra el raudal cantarino de una vida que fué un ritmo errante y una armonía andariega.

En la bahía ensombrecida y piadosa de lo eterno se ha anparado un alma que fué de diamante, un corazón que fué de cordero y un cerebro que brilló con el áureo fulgor de las constelaciones.

Las canteras de la Belleza lloran con sus lagrimas de piedra la ausencia de un cincelador admirable. El blanco litúrgico de los mármoles patricios se ha trocado en negro, al conjuro de la huida del modelador excelso que de cada bloque hacia una estatua.

Los filones del Arte han perdido un minero prócer que a cada golpe de su piqueta hacia brotar joyeles de milagro.

Del patrio tesoro de los valores positivos se ha restado una cifra muy alta. El oro mental de Centro América ha disminuido una considerable cantidad de quilates. Pero lo que ha perdido la vida para siempre lo ha conquistado la gloria y lo acoge con los brazos abiertos, como una madre amorosa en su dulce regazo al hijo que vuelve, fatigado de laureles.—*Raul Andino.*

CON la muerte de Salvador Martínez Figueroa, ocurrida el sábado por la tarde en esta capital, la literatura y el periodismo pierden a uno de sus más gallardos abanderados, a uno de sus más legítimos representantes.

La personalidad de Salvador Martínez Figueroa—personalidad inconfundible e indiscutible, perfectamente orientada y fija ya en líneas bien seguras, es muestra de orgullo en el escudo patrio, bláson

## SALVADOR MARTINEZ FIGUEROA

† EN SAN SALVADOR EL 12 DE MAYO DE 1917.

resplandeciente en la heráldica del Ideal.

El pensamiento, al asilarse en su cabeza, se tornó un nido fuerte y bello lleno de cantos y repletode gritos.

Abril sembró en su corazón un jazminero, perpetuamente florecido, que asombraba por su frescura, por su blanco y por su aroma, que las matinadas hallaban enojado de rocío, donde tejían un cañamazo de maravillas la seda celeste de la luna

y los hilos de oro del sol.

Su vida tan breve!—fué un laberinto de dolor iluminado por la luz pura de un mágico oriente de belleza y de verdad.

Ante la verdad y la Belleza—que juntas son la suprema perfección, quemó sus mejores gracias y sus mejores dones; fe y calor, entusiasmo y esperanza, el espíritu todo!

Ha de perdurar su amplia y generosa labor mental, en la que la palabra adquiere prestigios de piedra preciosa y la ilusión y la idea brotan, vuelan, suben y se ennoblecen en augusta serenidad.

En la prosa de Martínez Figueroa vibran todas las cuerdas espirituales; suenan todas las músicas recónditas, rien y lloran todas las alegrías y todas las penas que tiemblan alma adentro.

Prosa sufrida y armoniosa, en la que los vocablos se entrelazan; y son como la ramazón de un bosque poblado de aves y de aromas de madrelevas.

En «Prosas Breves» y en los «Representativos de Centro América» pasa la nota risueña y dolorosa, torturadora y vibrante: hombres, aspectos, paisajes; almas y piedras adquieren en su frase una vida inusitada.

Era una cifra: su valer era el del metal más precioso y el del más resistente.

La muerte lo arrebató en plena juventud, todavia llena la boca de sonrisas y de lumbre los ojos.

Sus funerales estuvieron solemnes, concurriendo a ellos un gran número de personas de todas las clases sociales, estando representados los diarios de esta capital y las diversas agrupaciones literarias.

El «Diario Latino», del cual Martínez Figueroa fué redactor, lamenta sinceramente su irreparable desaparición, asociándose al duelo de las letras y al de la familia.—*Diario Latino.*

CON toda la vida, oblationemos al cerebro de estirpe, succionador de idealidades.

Su alma emersoniana fue una mansión de estrellas crucificadas por la pobreza de los hombres.

Su paso silencioso y anquilítico, su cuerpo largo y su melena columpiada hacia la altura; con sus bigotes indígenas y descuidados, el ojo vivo y la boca lasciva, Salvador era un príncipe bohemio.

Hijo selecto de la vida pura, sin cristales, sin sedas engañosas sobre la realidad de la lepra, se di-





bujaba altivo y noble desdeñando con risa enferma, el pavismo-real de las mediocracias.

No siendo hombre en el verdadero valor de este sintético vocablo, era una alma toda luz y esencia, toda crepusculo y rosal. Leyéndole se siente un arengar de nervios y la naturaleza—psicológicamente ennoblecida—sangra sus cordajes, ya en el arrullo de las frases como alas, ya en el galopar eléctrico y fuerte de sus períodos solemnes.

Al verlo pasar en la intimidad, no parecía ser el cincelador de «Prosas Breves». Fecundo, nervudo, se agiganta en esos trozos de estética insaciada, de misticismo hondo y trascendente. . .

Vivir con los ojos magnetizados ante la sabiduría virtuosa de lo bello, ser águila desesperada de azulidad y sentirse rota el alma invicta, oscurecido el prisma y . . . la muerte cerca del corazón. . . ¡Pobre hermano!

La tisis, esa regia adormecedora, flor de los aquelarres y de las anemias, peregrina del mundo, romántica aromada de incienso por la fantasía, vino una tarde a devocionar su beso sobre el espíritu de Martínez Figueroa. . .

Todos conocimos su caída. . . Y los que pudieron y debieron salvarle antes de marcharse por los caminos profundos y bohemios de las encrucijas, le prometieron mucho. . . le engañaron. . . Y le mataron!

Le mataron porque su espíritu era luz y los desvanecía; porque su sangre era azul. . . y las charcas humanas sólo intiman con los batracios.

Salvador nos deja una lección sangrienta. Su vida de ideal y de fuerza se la tragó la tierra, después de que el Hospital lo estrujó entre sus manos, como si no hubiera sido un manojo de azucenas. Y la Patria, los hombres de su suelo tan amado. . . lanzaron su ironía de luto cuando la muerte, sonriente brutalmente, solo pedía un hoyo oscuro. . .

Si. . . La Patria salvadoreña perdiendo una juventud, que diez generaciones de versófilos y prosadores entecos y esclavos!

El Istmo sufre un desajuste de armonías y de ideas que iban en marcha, rebotantes y triunfantes. . .

Y nosotros, agitando las palmas y con un devocionario de tristezas ante sus paraísos líricos, solo escribimos sin decir nada. . .

La emoción se purifica de silencio. . .—José Luis Barrientos.

ANTE ese cerebro que enmudece, bien podemos tejer la leyenda romántica, en que el corazón fuera una rosa primaveral.

De Martínez Figueroa puede decirse, que su pensamiento se elevaba hacia el azul, en espiral luminosa, como el humo de los incensarios. Las páginas que escribiera, unas en redacciones de periódicos y otras ante el paisaje que abstraiera su pensamiento, transparentan recia sinceridad y hondo amor a la Belleza. Será, tal vez, su obra fragmentaria; pero en su prosa vivida palpita el ritmo propio; nos produce la sensación del paisaje, iluminado con la luz de su mentalidad, y vivificado con el calor de su espíritu, singularmente complejo. Si ahondamos en su pensamiento, encontraremos la perla luminosa de una santa piedad. Motivos fueron para su pluma los amaneceres fragantes, húmedos de rocío; los niños que van por la vida con la triste predestinación de las adversidades; las mujeres abandonadas, y los libros buenos y bellos.

Mantuvo, sobre todo, como algo inmanente, el amor a todo empeño vinculado en una noble finalidad. Y es así como su vida se nos presenta amplia y serena como un horizonte, sin vanos utilitarismos. Su diamante, propicio a todo prodigio de luz, se conservó puro, a través de las vicisitudes y de las amargas zozobras. Esa persistencia

del yo, a través de las bregas del vivir, le enaltecen y delinean su preeminencia espiritual. Por ella vivirá. Porque si la forma se desvanece, el alma que amó y fue sincera perdura como la luz de las estrellas en la oscura soledad de las noches. Lo substancial es la expresión de ese yo hondo y directriz que moldea nuestros actos y nos caracteriza. Cultivar esas recónditas energías, rectificando sus tendencias, fue en un tiempo el adjetivo del estoicismo. Y ello debe y necesita ser así, para dar a la vida individual su maximum de eficacia en todos los órdenes de la vida.

Martínez Figueroa fue un introspectivo e hizo de las fuerzas profundas de su conciencia, el aliento supremo de sus ansias de altura. Y hoy que reposa en el Cementerio, después de haber dado a su nombre la sonoridad epónima del prestigio, consagramos a su memoria estas frases, en las que se florece la emoción como una enredadera, al cálido in flujo del cariño por quien ofreció a la vida su corazón y su cerebro.—La Prensa.

¡AY que sacudir el rocío de todos los rosales sobre esta tumba; en ella está dormido para siempre el pájaro que mejor ha cantado en esta primavera del bosque indio.

Espantemos las nidadas de alondras, para alegrar esta gran tristeza con un vuelo heráldico, que diga para las montañas del pensamiento y las llanuras del ensueño, el enigma del que, hacia la sombra en traje de nardo, se acaba de ir. . .

Urrí donde se aprisionó una melodía, eso la tumba. Minuto en que se apagó una lámpara sagrada, así el instante en que se rompió el hilo de su vida. Copa de bohemio su carne, que supo de todas las urgencias junto a la muda tristeza del barro.

Hay que abrir todas las vnetanas del espíritu para ver el paisaje que se dolió en el alma de Salvador Martínez Figueroa; ora en la amanecida odorante a muchacha campesina, y piadosa como la agresión de las pupilas que buscaron nido en las nuestras; ora en el fastidio cenital que cae inclemente y fecundante para la tierra; ora de desolación y melancolía, pero suave a fuerza de ir en una gradación de matices desvanecientes; y después?

Después el recuerdo de la visión que se perdió bajo las cortinas de la noche. . .

Y él lo cantó y dijo así, porque se le había resuelto—en todo es uno y lo mismo.—

Si el paisaje resulta complicado, es la gama policroma; de las transiciones; y, quedémonos con el encanto de un perfume, con la gracia de lo que tembló al ser tocado por la brisa que iba cantando.

Hora es esta en que el pensamiento asiste del brazo de la ironía al duelo solemne de un virgido del pensar y del sentir; él sabía poner en el vientre de las palabras el agua pensativa de las gemas, o afilar los vocablos como estoques florentinos, para coruscar bajo la luna o reivindicar a sangre un derecho.

Gentileza espiritual es esta de tener las manos para sembrar simientes, germinadoras de acción, o tejer blancos y hacer que la ilusión no se vaya tan pronto.

Estirpes donde se auna el vellón del cisne y la garral del león.

El alma suspende su ritmo errátil sobre los mármoles emotivos y esplendentes de las «Prosas Breves». A una señal de la Intrusa, Martínez Figueroa ha cerrado los párpados dejando caer un cincel.—Ricardo Alfonso Araujo.

Su estética estaba en su espíritu gentil. Para él todos los homenajes, todos los honores, todos los acatamientos y todas las reverencias; las mirras y los inciensos; las músicas y los deshojamientos de perfumadas flores; todas las llamas y todas las pal-





pitaciones; todos los ritmos y todos los ensueños surgían prodigiosamente desde las cumbres de su espíritu, desde las alturas de su imaginación portentosa.

Era un árbol en estación propicia. A la apacible claridad de las estrellas brotaba ese divino licor que embriagaba dulcemente. Al radiar la rubia aurora revestida con sus ornamentaciones de iris, en ese árbol joven de savia henchido, palpitaban estremecimientos de vida, y de su prodigiosa floración desprendiase la mirra de su alma, para perfumar el altar de la Naturaleza en los momentos que como una ostia luminosa de oro fundido, se levantaba el astro rey, sostenido por las excelsas manos del invisible y divino sacerdote.

Pájaros policromos como formados de fragmentos del iris entonaban sobre el follaje de ese árbol en plena floración, himnos de inmortal amor, y eran cascadas de ritmos sugestivos y arrebatadores saludando la gloria del día encendido en rayos de oro.

Y cuando el sol melancólico se hundía en el ocaso, de ese árbol prodigioso subía el perfume de sus flores cabalgando en las ondas de la muriente claridad de la tarde, entre un raudal de notas que ascendían al profundo azul del infinito, donde rodaban sugestivamente las milricas estrellas.

Árbol que sirvió de prestigioso ornamento a la Naturaleza; árbol cuya cumbre fue una perpetua primavera de frescas, lozanas y perfumadas flores; árbol que sirvió de albergue a pájaros lindos cuyos trinos eran una orquesta dulcemente arrobadora, que amenizaba, bajo la excelsa batuta del que rige los arcanos, la labor de la Naturaleza; árbol corpúento, albergue de alados trovadores, árbol pleno de juventud que gallardamente extendía sus ramos florecidos al profundo azul del infinito, y se nutría en la radiante magestad de sus prestigios.

Empero, sobre el tronco de ese árbol, gallardo ornamento de la madre Naturaleza, la segur de la muerte asesta un golpe rudo y despiadado. Dobra el árbol su fallaje. Los líricos trovadores cruzan la inmensidad profundamente azul; el incienso de su alma se desparraema embalsamando la región vacía y la florescencia embellece todo el espacio donde surgió la tempestad de la muerte. — S. Cortés Durán.

EN el cielo de la Patria se desvanecieron tenuemente los últimos rayos de una llama astral, que, emotiva y lánguida, convivía en el ambiente intelectual de la nueva juventud salvadoreña.

Esa agonía de luz que se abismó en el misterio, fué propia de un alma que supo de bellos y melancólicos atardeceres, donde suavemente la tristeza, desplegando la magestad del silencio, cava en el corazón del poeta la canción ignorada del dolor.

Salvador Martínez Figueroa,—artífice dilecto de la frase,—hacia de sus íntimas sensaciones un pentagrama raro y muy suyo.

Su estilo, hijo de la sublimidad de sus ideales, vagó rumoroso y orquestal cual la sinfonía que produce el deshilamiento de una fuente, o el rítmico movimiento de las hojas al saludo suave y tierno de la brisa.

Su visión alada fué a posarse al rosal de sus ensueños, y a los corazones amigos, para libar esa fiebre extraña y única del verdadero sentimiento, que musicalizó copiosamente en el alero de su palacio de cristal.

En el conjunto de la nueva orientación literaria que ha podido dar el alma latina, de esa verba que lleva el sello de lo bello y de lo raro, se encuentran los diamantes mentales de su cerebro criollo.—E. Funes Escobar.

NO fué la impresión fugaz y errante que vibra súbito en el alma lo que dejaron en mi espíritu las bellas creaciones del prosador polifonema. El numen del gran estilista, rico en matices y sonorida-

des parnasianas se asimilaba la substancia de las cosas vividas o soñadas y las devolvía al mundo intelectual revestidas con la pompa y armonía de su poderoso verbo esteta, siempre nuevo, siempre raro y bello.

Las letras patrias y la literatura americana acaban de perder al dilecto émulo de Juvenco y al hijo menor del proscrito de Jersey; porque si algún pulso las cuerdas del sentimiento y reveló las innumerables formas del espíritu humano con fuerza de convencimiento y sugestión magnética, con arte magistral y espléndido, ese fué Martínez Figueroa, cuya silueta mental se irá agrandando en el espacio infinito del pensamiento hasta alcanzar los contornos de una figura nacional, luminosa y rediviva.

Martínez Figueroa pensaba una idea, y esa idea modelada en su laboratorio amigable adquiría forma impecable de purísimos contornos, con el encanto de lo improvisado en la explosión de sus florecimientos ornamentales. Por eso era sugestivo y prepotente y se imponía a la admiración y el cariño de los que amamos lo perfecto e ideal en el fondo, la forma y el color.—Carlos Urrutia F.

FUERON mármol pentélico tus prosas, en las que burilara el pensamiento sus más bellas concepciones; y fué tu alma sensitiva y doliente, ave de peregrino canto y de sedoso plumaje, que en sosegado vuelo surcara el infinito para traer en sus alas el polvo iridiscente de las constelaciones.

La frágil envoltura de tu espíritu visionario y enfermo, se ha roto, sin estallidos de catástrofe, sin fragores de tormenta; se ha apagado la luz de tu cerebro como la de una lámpara votiva en la sombría soledad de un claustro: tristemente.

Calste, bravo luchador, sobre el escudo en cuyo campo de azur, flordelisado por el ensueño, fueron a embotarse los dardos ponzoñosos de la envidia, chacal siempre en acecho contra el mérito.

Múltiple y buena fué tu obra, como múltiples y buenas las fuerzas dinámicas que desplegaras generosamente en la predicación de tus ideales, ¡ay! escarnecidos siempre por el mal y la estulticia.

Y ya duermes para siempre en ese oscuro agujero de la tumba, sobre tu frío cabezal de tierra, lejos de las manifestaciones de la vida que tan ingrata y hostil fuera contigo; lejos de los mirajes paradisíacos que entrevieran tus ojos prismáticos vitales, ensombrecidos por el hábito del beso de la muerte, la única novia que no engaña.

Tú que hiciste florecer de rosas tus encantados jardines interiores: que tuviste frases de amor y de piedad para los que en doloroso exilio vamos por la vida: que arrojaste en el árido surco la simiente de tus altos pensamientos: que sonreíste a los niños y que ceñíste a tu frente, junto al lauro apolíneo los mirros del amor ¿verás arraigar entre las grietas de tu fosa el cardo del olvido? ¡Oh, nunca seal.—J. Daniel Fernández.

BENIGNA la muerte, se llevó de la vida antier, sábado, a don Salvador Martínez Figueroa. De Santa Ana le trajeron muy enfermo, a esta capital, hace algunos días, y aquí, amigos de generoso corazón hicieron cuanto humanamente fué posible para salvarle del término doloroso.

Era Martínez Figueroa un joven escritor de notable talento y mediante la labor, tanto en este país como en Nicaragua y en Guatemala, logró encontrar el secreto de la bella frase literaria y figurar entre los que por acá viven consagrados al periodismo. A fuerza de inspiración más que de ilustración escribió bellos artículos en que su pluma trazaba con gracia párrafos musicales que eran como un eco encantado de armonías de la literatura modernista, tan en boga en los últimos tiempos.

Vivió nerviosamente, y su obra fué así, conmovi-





da por los afanes del momento, sin que tuviera tiempo ni mayor empeño en darles a sus buenas facultades intelectuales una orientación firme basada en un carácter entero y resuelto.

Sabía ser ameno cronista; comentaba donosamente un hecho trivial poniéndole color y luz, sacrificaba la idea a la forma; su prosa no sonaba con acentos épicos, sino con rumores de brisas y aleteos de paloma; era, en fin, la suya una pluma que trazó el bello prólogo de una vida literaria, nada más, dejando en blanco las demás páginas, para escribir tan sólo el triste epílogo en que naufraga una esperanza, a la manera de un cisne que cruza las aguas del estanque y muere, dejando apenas en la corriente como recuerdo unas pocas plumas dispersas.

Hay razón para lamentar la muerte de este joven lírico: y el duelo se ha manifestado con elocuente cariño en las esquelas en que para el entierro del cadáver invitaron el periodismo y la intelectualidad.

A ese acto asistieron muchas personas, y en el cementerio pronunció una oración fúnebre el señor Andino. Y hubo coronas de flores para el féretro del joven escritor que tanto gustó de ellas en su prosa fragante y que vivió como la rosa del poeta, sólo una mañana.

Que descanse en santa paz; y que su anciano padre sienta algún consuelo a su pena en medio de su hondo quebranto. *Diario del Salvador.*

**DESDE** hace muchos años exornan mi libro de recuerdos el retrato de Salvador Martínez Figueroa y un artículo suyo titulado «'a salud de los pueblos». Siempre he leído y releído aquella bella producción y siempre ha dejado en mi alma un sentimiento indefinido, no sé si de entusiasmo o de tristeza. Quien tales cosas dice e intenta llevarlas al terreno de la práctica; quien habla de la fuerza, de la vida, del trabajo, con tanto convencimiento y fe, creíase que era un hombre fuerte, corpulento, hecho para esa lucha que él mismo pintara en sus escritos. Y Salvador era todo lo contrario: su cuerpo enflaquecido, su presencia toda denotando una constitución enfermiza, agotada, degenerada, era un contraste irónico ante las manifestaciones de su alma viril.

«La salud de las naciones, dice, está en la expansión generosa, en la amplitud de la vida que lo abarca todo como la mirada de Dios. . .

«La acción, la fuerza, el movimiento, productores de la armonía en todos los seres, son en el hombre los productores de su destino; el hombre de acción es hombre de redención. . .

«Donde no obra el trabajo fecundo, los arenales del desierto azotan despiadados la mirada del hombre y se hace la noche más angustiosa y cruel, aunque los cielos florezcan de vastas constelaciones.

«La cabeza, símbolo del globo, necesita girar. Busquemos, pues, la salud de Centro América en el trabajo, en la actividad, en la acción que edifica y que va por todas partes borrando rictus dolorosos».

En esos párrafos entresacados de su bello artículo, que más parece un desahogo, una exposición de fe, están los mejores datos para un juicio crítico sobre la personalidad de Martínez Figueroa. Incansable, tenaz ambicioso y enamorado de los grandes ideales,

firme y decidido como un soldado legendario, luchó siempre en primera línea, confiado en sus fuerzas y en los favores de la naturaleza.—*J. E. Olavarría.*

Salvador Martínez Figueroa fué un espíritu azotado por todas las tempestades de la tierra; mas todo lo sufría con una dulce quietud de alma.

Nació para cosas grandes, pero su éxodo lo cruzó bajo el peso brutal de esa muralla que oprime toda aspiración y todo anhelo: la pobreza.

En medio de la apacibilidad de su vida seminaria, abstraído en el fondo del misticismo de los libros sagrados, rodeado de monjes y de cromos de santos, sintió un día que en el interior de su alma aleteó el pájaro encantado de la Harmonía y de la Inspiración. . . . y arrojó libros, despreció monjes y se bañó en las fuentes de Voltaire, de Rousseau y de Hugo.

Luego, su vocablo se hermanó con la belleza e hizo vibrar las sonoridades de su frase nueva y sutil, al través de la diafanidad de sus prosas breves; . . . donde hay mucho de jardín, de fuente, de cielo, y de mujeres hermosas.

Se enamoró de la lejanía azul y buscó los mares. Lejos de su terruño y en tierra extraña, gozó de los elogios de la prensa como representativo de la más alta mentalidad salvadoreña.

Después de tanta bohemia y de tanto errar por tierras y por mares, se acercó a su patria amada, en donde se ha presenciado la solemne transmutación de su espíritu.

Y ahora, el oro de la mañana cubre de lampos el pedazo de tierra que guarda sus restos; y una alondra canta en la atardecida, su égloga sentimental y doliente como un himno de paz y de gloria.—*Manuel R. Aguilar.*

**QUITO,** a 25 de junio de 1917.—Al Sr. Dn. Francisco R. González, Director de «Actualidades».—San Salvador.—Muy distinguido amigo:—Hace algunos días le escribí con mi más sentido pésame por la terrible catástrofe plutónica que aflige a la progresista República de El Salvador.

También hoy estas líneas son luctuosas. Acabo de recibir el número de abril de «Actualidades» y veo en una nota de la portada, el sensible fallecimiento del fundador de la hermosa Revista, su compañero de redacción y mi distinguido amigo, don Salvador Martínez Figueroa. No hacía mucho que me escribía, con la bondad que acostumbraba. Lamento esta honda desgracia para las letras centroamericanas. A ellas mi condolido y sincera voz, por su intermedio; y a Ud. el testimonio de mi simpatía, acompañándole en el duelo del colega tan inteligente como bueno, «que tantos corazones supo conmover con su talento y noble espíritu.»

Deja indeleble recuerdo y profunda huella entre los que le leímos y le quisimos.

Acepte, atribulado amigo, las muestras de mi vivo afecto y haga llegar a la familia del notable escritor Martínez Figueroa mis fervidos votos de serenidad en la desgracia.—Suyo.—*Alejandro Andrade Coello.*







## RASGO DE GENEROSIDAD

EL señor Presidente de la República, don Carlos Meléndez, luego que tuvo noticia de la muerte del escritor salvadoreño don Salvador Martínez Figueroa, hizo llamar a su despacho al Coronel Saturnino Rodríguez Canizales, a fin de comunicarle su deseo de que todos los gastos del entierro se efectuaran por cuenta de él. Este rasgo de generosidad en nuestro Mandatario confirma de modo elocuente el aprecio que tenía por el extinto, y su buena voluntad a contribuir en todas aquellas demostraciones con que se trata de honrar la memoria de los buenos servidores de la Patria.

El cadáver del extinto fue trasladado del Hospital Rosales al Instituto Nacional, donde se le veló; habiendo desfilado, durante la noche, incontables personas de

todos los rangos sociales. Para los funerales circularon cuatro esquelas, por medio de las cuales invitaban la familia del extinto, el Centro Cultural Salvadoreño, del cual Figueroa fue miembro; el Periodismo Nacional Salvadoreño y la intelectualidad del país. Dicho acto fúnebre fue una viva demostración de pleitesía, en la que participaron todos los elementos sociales. El cortejo salió del Instituto Nacional, a las cuatro de la tarde, y desfiló a la Necrópolis. Las ofrendas florales fueron enviadas en gran número, y cubrían la caja que contenía el cadáver.

A la sombra de la ceiba clásica, hicieron uso de la palabra varios intelectuales, pronunciando sentidas alocuciones que conmovieron al auditorio.

(La Prensa.)

AL amanecer del día siguiente, con asombrosa rapidez, siguió Malespín para esta capital, y a su llegada supo que en Quezaltepeque había de tres a cuatrocientos hombres armados, estos sí lo estaban, al mando del General Rascón, acompañado de don José María San Martín, Licenciado don José Miguel Montoya y de otros importantes jefes adictos a Morazán. Llamó al entonces Coronel don Ciriaco Choto, y le dijo: «Toma trescientos hombres y anda a derrotar a esos de Quezaltepeque, y yo iré luego aderrotarte a ti si no lo has hecho.» Choto lo hizo con tanta más facilidad cuanto que se le incorporaron cien hombres sin disparar un tiro, de los mismos que iba a combatir. Cuando Choto recogía los despojos de la completa derrota que causó a Rascón, llegó Malespín, y engrosando la fuerza que llevaba siguió para Izalco, fusilando a su arribo al promotor entusiasta del pronunciamiento morazanista de aquella ciudad don Francisco Saldaña.

Mientras tanto, el General Morazán, se encontraba en el fondeadero de Acajutla y apenas daba crédito a los cons-

## EL GENERAL DON FRANCISCO MALESPIN

Véase el número anterior.

tantes informes que recibía sobre los sucesos apuntados, siéndole tanto más increíbles, cuanto que sólo hacía cuatro días que Malespín quedaba en La Unión; en vista de lo cual, levó anclas y se dirigió a la Caleta de Mizata, quince millas al noroeste en el litoral de La Libertad.

Allí recibió a muchos importantes jefes, Oficiales y demás individuos que le quisieran acompañar y se hizo a la mar rumbo a Puntarenas de Costa Rica.

El General Malespín volvió a San Salvador, sin que haya habido ya necesidad de reprimir movimientos subversivos, aunque en la capital no faltaron manifestaciones hostiles, como grupos por las noches, con vociferaciones de vivas y mueras, repiques de campanas en el rústico campanario de Santa Lucía y en las de la torre del Calvario, convocando al pueblo para un levantamiento, sin que nadie procurase impedirlo, ni aún el Coronel don Calixto Malespín, jefe de las armas de la guarnición y hermano del General, y cosa rara: todos los actores del escándalo nocturno amanecían en sus respectivos talleres tan tranquilos como si tal cosa; era que entonces no había delato-





res, como se asegura que ya hoy es una profesión lucrativa el serlo, de tal suerte que entre dos que se pacte algo, los dos cada uno por su lado, vuela a denunciarlo al que el pacto perjudique. El progreso no puede ser más patente.

Pero aunque la situación siempre fué amenazadora para el General Malespín, y entre los barrios era el del Calvario, abiertamente adversario suyo, por lo mismo que en él veía el más persistente perseguidor de su incomparable y glorioso caudillo; hubo vez que en altas horas de la noche dicho General se presentase solo, completamente solo, en un suntuoso baile que se daba en el centro de este barrio, en donde, causando, como era natural, general asombro, se le recibió, si no con cariño ni atenciones humillantes, sí con maneras circunspectas y corteses.

Cambió algunas frases de las corrientes con algunos de los corifeos del lugar, dió una o dos vueltas bailando y desapareció. Esta acción siempre fué objeto de comentarios, no por lo inusitada, sino porque siendo el barrio del Calvario un núcleo respetable de hombres inflexibles en sus opiniones políticas, valientes todos y resueltos enemigos de aquél régimen, y cada uno de ellos de conducta austera y laboriosos propietarios, pero intransigentes en un credo, así es que aquél lance se le podía tomar como una temeraria provocación y desdénoso propósito de perturbarlos en sus momentos de solaz; pero en rigor no fue más que un rasgo de atrayente audacia para manifestar a sus enemigos su plena confianza de creerlos incapaces de una vulgar felonía y darles una prueba de estar dispuesto a una leal y franca reconciliación.

Por esa misma época se ocupaba de evitar que el gran zanjón al Este de la Capital se la tragara como se había tragado ya no pocas casas: él mismo, dragoneando de ingeniero, dirigía un largo y sólido cimientado de cal y canto, cuya oportunidad el tiempo ha justificado.

Y aquí conviene referir aquello del salto del puente de la Vega que para muchos es un mito, y que se efectuó de la manera siguiente:

Bajando la calle de la Merced en dirección al mencionado puente, la última casa a la derecha, casi contigua a este, era del General Paredes, y la hermosa Manueleta, hija suya, encontrándose en su ventana una tarde en que el General Malespín pasaba montado, vió a la señorita, y al

respetuoso saludo que le dirigió, quiso agregar la galantería de gaucho al lanzarse al abismo en la esquina o doblez que forma el puente en seguida y a pocos metros de la casa, cumpliéndose una vez más con este arrojó la máxima de Virgilio de que "audaces fortuna jubat".

Una acequia subterránea que terminaba en aquel lugar, había aglomerado una considerable cantidad de arena que cubría las piedras y sobre la cual cayeron ilesos el ginete y su caballo. Diez minutos después, volvió a pasar en la dirección que antes llevaba el domador del peligro.

En los primeros días del mes de diciembre del citado año de 1842, a consecuencia del siempre lamentado, sangriento y trágico suceso del 15 de septiembre anterior, en San José de Costa Rica, con la muerte del General Morazán, se presentó en el puerto de La Libertad la barca chilena "Coquimbo", trayendo a su bordo a las ilustres personalidades y abnegados jefes compañeros del héroe en su última jornada, como los Generales don Isidro Saget, Mayor General de Morazán; don Trinidad Cabañas, don Nicolás Angulo, don Nicolás Espinosa, don Indalecio Cordero y don Domingo Asturias; el entonces Coronel don Gerardo Barrios, Capitán don Felipe Bulnes, don Cruz Lozano y los no militares, señores don Máximo Orellana y don Miguel Alvarez Castro, con otros muchos que se escapan al recuerdo. Pero como según el convenio ajustado entre los Estados de Centro América no debía darse auxilio en ninguno de ellos a los fracasados morazanistas; el de El Salvador cumplió por su parte rechazando a los de la "Coquimbo"; pero Malespín, opuesto a tan inícuca medida, voló al puerto, pasó a bordo, les abrió los brazos y les ofreció la maternal hospitalidad de la Patria, y y adeseñados, les proporcionó todos los auxilios posibles que fueran menester, e hizo que su bellísima señora se trasladase al puerto para atenderlos.

Entre tanto, el Gobierno presidido por el preclaro hombre de leyes don Juan J. Guzmán, "el pico de oro", como se le llamaba por su arrebatadora elocuencia, si bien en el fondo aprobaba la conducta de Malespín tolerándola, tenía que contemporizar con los Gobiernos aliados y recabar su equiescencia, exponiéndoles el caso fortuito que le ocurría y prohibiendo, mientras, la internación al país de los nuevos Temístocles; los que fueron divi-





CAPITÁN GENERAL GERARDO BARRIOS

cidos, yéndose una parte de ellos a esperar el resultado a Sonsonate. Los Gobiernos de Guatemala y Honduras, terminantemente se opusieron a que se les diese asilo; pero a despecho de tan trascendental oposición, Malespín asumió la responsabilidad de abrirles generosamente, con bizarra hidalguía, las puertas del Estado, y el 4 de enero de 1843, fueron amistosamente recibidos en San Salvador.

Estos hechos le crearon a El Salvador

una situación comprometida y escabrosa con sus vecinos fronterizos, comenzando no sólo por enfriarse las relaciones que pudieran llamarse rutinarias, sino que tomaron un carácter desabrido y hosco.

A mediados de este año se inauguró el Obispado con la esplendorosa entrada a esta capital del ilustrísimo señor doctor don Jorge de Viteri y Ungo, primer obispo de la nueva Diócesis, quien ya sea por su carácter fogoso, o por los pocos





reflexivos y dominantes elementos de que venía rodeado, o porque las dos cosas fueran una sola, lo cierto es que fué la causa de que el entusiasmo oficial con que fué recibido, que rayaba en locura, bien pronto se tornó en reservado y poco complaciente con las exigencias o cuasi mandatos del brillante Prelado, a las Supremas Autoridades; las que en su concepto no tenían otra misión que la de obedecer sus órdenes; y sobre el General Malespin recaían más directamente las iras del ilustre y fascinador, arrogante, gallardísimo y primero de los Príncipes de la Iglesia salvadoreña, al no ver satisfechos sus propósitos.

Se puso, pues, en pugna la autoridad eclesiástica con la del Gobierno del Estado, notándose de parte de ésta la prudencia y su deseo de un avenimiento sin lastimarse en sus respectivos fueros, sin lograrlo.

En el mes de noviembre del citado año de 1843, y en las postrimerías del periodo Presidencial de don Juan J. Guzmán, se trasladó a San Miguel, como lo había hecho el año anterior, con motivo de la gran feria en dicho mes, llevando como Ministro General, al probo y muy notable juriconsulto don Eustaquio Cuéllar, de grata y respetable memoria.

Al General Malespin se le hizo creer con fundamento o sin el, que el viaje del Presidente tenía por objeto declarar en Estado soberano e independiente aquel gran Departamento, y con cien dragones se presentó allá para impedirlo.

En diciembre siguiente envió el General Malespin un lucido escuadrón de caballería a la frontera guatemalteca para que sirviese de escolta de honor al señor García y Peláez, que vino a consagrarse en concepto de Arzobispo de Centro América.

El primero de febrero de 1844, la Legislatura puso en posesión del Mando Supremo al General don Francisco Malespin en concepto de Presidente Constitucional del Estado, cuando las relaciones con Guatemala se agriaban más y más cada día y cuyos funestos resultados no se hicieron esperar al estallar bien pronto la guerra entre ambos países.

El General Malespin levantó con extraordinaria rapidez un ejército de cuatro mil hombres, empleando en su organización el elemento "Coquimbo", y nombró Mayor General del Ejército al General don Isidro Saget; Comandante en Jefe de la primera División, al General don Trinidad Caba-

ñas y como segundo al Coronel don Gerardo Barrios; de la segunda al General don Indalecio Cordero, y General don Domingo Asturias de la tercera; dos Tenientes Coroneles: don Ramón Belloso y don Manuel Cañas, primero y segundo; y de análoga manera la cuarta división y ante todo ya ocupaba el Ministerio de la Guerra el General don Nicolás Espinosa.

Respecto de estos nombramientos, hay que rectificar las apreciaciones que sobre ellos hace el talentoso y erudito historiador don José Dolores Gámez, quien apoyado en infundados informes, y algo, acaso, en el conterraneo, afirma que fueron impuestos por el Supremo Delegado de la Dieta de Chinandega para la reconstrucción de la Unión Centroamericana don Frutos Chamorro, que residía en San Vicente. Ahora bien: ¿cómo se concibe que siendo el señor Chamorro, por temperamento y por tradiciones antagónicas, como lo demostró hasta el último día de su vida, a las ideas representadas por el Coquimbismo y sus variantes, hoy las aceptase aunque sólo fuese obligado por las circunstancias?

Por otra parte, siendo Malespin el que por sí y ante sí se había levantado en armas para rechazar con la fuerza las hostilidades de que se le hacía objeto, ¿cómo es posible creer que a su propio ejército se le designasen los Jefes que debían mandarlo? Es de simple sentido común comprender que si Malespin, sólo como Malespin, no se dejó nunca mandar de nadie, salvo la disciplina establecida por la Ordenanza, mucho menos como Jefe Supremo del Estado; y con el nombramiento exclusivamente suyo ponía en evidencia el afecto, consideración y confianza que le inspiraban los mismos a quienes a despecho de todas las animadversiones conjuradas de los Gobiernos de Centro América, fue a recibir al puerto de La Libertad y colocar a muchos de ellos, en cuanto pudo hacerlo, en elevados y honrosos puestos, como al General Espinosa en el Ministerio de la Guerra, al General Cabañas, Comandante de Armas y Coronel don Gerardo Barrios, Gobernador del Departamento de San Miguel, respectivamente.

El Supremo Delegado quiso impedir los propósitos guerreros del Jefe Cuscatleco; y al convenirlo por no haber contado con él antes de llevarlos a cabo, Malespin le replicó: "De manera que Ud. quería que me cruzara de brazos, (y unió





GENERAL JOAQUÍN EUFRASIO GUZMÁN

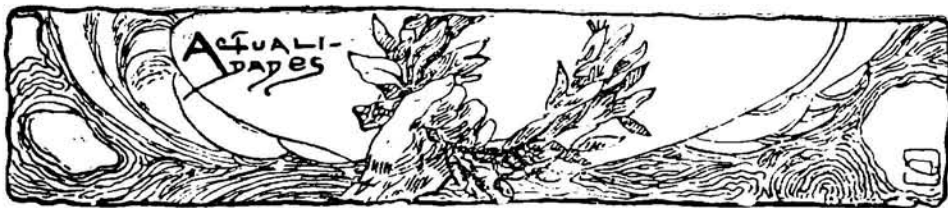
la acción a la palabra) y que Guatemala me flagelase? Eeso jamás lo verá Ud.

Las simpatías de don Frutos estaban del otro lado del Paz por identidad de arraigadas tendencias y aspiraciones. Pero ¿quién era él para convertirse en un director de Malespín? Un faro apagado en una playa desierta que las navecillas centroamericanas, ni siquiera se daban cuenta de él, faro que demolió la indiferencia y falta de aceite.

En presencia de este conflicto armado, muchos de los hombres prudentes y pre-

visores de todas las épocas y climas, se le acercaron al infatigable jefe para aconsejarle que mientras la paz se restablecía, se cerrase el Colegio para utilizar sus fondos, es decir, que se suprimiese indefinidamente lo que tantos esfuerzos y no pocos disgustos le había costado implantar. El les dió las gracias por el interés que manifestaban en favor de la causa pública, y resueltamente les dijo que hasta aquel momento no se había tocado, ni se tocaría mientras él viviera, la renta destinada al sostenimiento de





la instrucción pública, para lo cual exclusivamente estaban dedicados los productos del Departamento de la Paz; y que si estos, por desgracia, llegasen a faltar, vendería su casa y cuanto le pertenecía antes que cerrar el Colegio de la Asunción, como se le proponía.

A los tres meses ocho días de haber comenzado el período administrativo, esto es, el 9 de mayo de 1844, el General Malespín depositó el Mando Supremo en el Vicepresidente General don Joaquín Eufasio Guzmán, y se puso a la cabeza de su Ejército ocupando la ciudad de Jutiapa en territorio guatemalteco, el 20 del mismo, o sea a los 11 días.

Puesto en Jutiapa comenzó la diplomacia a ejercer su influjo para detener el avance, y la tardanza en proseguir adelante impacientando a los señores Coquinbos, les sirvió de pretexto para tramar una conspiración contra Malespín. Este la descubre, firmó la paz en la Hacienda de Quezada, con Guatemala y disolvió el Ejército.

El ilustrado señor Gámez dice que el Pacto de Paz de Quesada fue de depresivo para El Salvador, en lo que no está en

lo cierto desde que aún existe el ejemplar guatemalteco, ya que el salvadoreño tuvo la felicidad de reducirse a pavesas. Pero admitiendo que así fuera ¿qué hubiera sido preferible: firmar la paz en los supuestos términos o dejarse deponeer y probablemente ahorcar, por los de su constante generosidad protegidos? No faltará una voz radical que afirme que habría sido más honroso lo último.

El General Malespín ingresó a la capital y asumió el Poder el 16 de julio.

Los señores Cabañas y Barrios, ya no pasaron por Santa Ana ni por San Salvador a su regreso para San Miguel, donde ocuparon sus respectivos puestos; pero pocos días después y debido al fracaso de Jutiapa, el Gobierno dispuso enviar al Teniente Coronel don Ramón Beloso, a que se hiciese cargo de la Gobernación y Comandancia de Armas de aquél Departamento, lo que hizo a su llegada a la ciudad Cabecera.

Pero 24 horas después se efectuó una reacción, el 5 de septiembre del año citado de 1844.

JUAN J. CAÑAS.

(Continuaré.)

## PARA LA HISTORIA

La Asamblea Nacional Legislativa de la República de El Salvador,

POR CUANTO:

El señor doctor don Manuel Castro Ramírez ha elevado su renuncia del alto cargo de Magistrado por la República de El Salvador, en la Corte de Justicia Centroamericana; y estimando el Soberano Congreso que la actuación del doctor Castro Ramírez, ha sido eminentemente justiciera e inspirada en los grandes y vitales intereses de Centro América, es deber de la Representación Nacional excitarlo a que continúe desempeñando su meritisima labor en el seno de aquel Augusto Tribunal, del cual se han derivado tantos beneficios en pró de la paz y el prestigio de los países centroamericanos,

POR TANTO:

En uso de sus facultades constitucionales,

DECRETA:

Artículo único.—No admitir la renuncia presentada y excitar al doctor Manuel Castro Ramírez, a que continúe en el desempeño de sus delicadas funciones como tal Magistrado

Dado en el Salón de Sesiones del Poder Legislativo. Palacio Nacional: San Salvador, a los nueve días del mes de mayo de mil novecientos diez y siete.

J. M. Batres,  
Presidente.

C. M. Meléndez,  
1er. Secretario.

R. Ramos,  
2o. Secretario.

Palacio Nacional: San Salvador, 11 de mayo de 1917.

POR TANTO: Publíquese.

C. Meléndez.

El Ministro de Gobernación,  
Cecilio Bustamante.





Ni Tolstoy ni Dostoyevski, en sus mejores momentos concibieron una figura más notable que la de Rasputin—el siberiano corpulento y flaco, desgredado y elocuente, medio visionario y medio charlatán, con ojos llenos de fuego y extraordinario poder para fascinar á las mujeres, ambición avasalladora, desenfrenado libertinaje, que parte con los pies desnudos desde las selvas primitivas para dominar el mundo; toma por asalto Petrogrado, manteniendo en sus manos durante largos meses el imperio lo mismo de la Iglesia que del Estado; arrojado violentamente del poder como impostor, se abre nuevamente camino por la

## RASPUTIN

fuerza y la astucia, y nombra otra vez arzobispos y ministros, dirige la política, se entrega, ebrio de insolencia y de vivir, en manos de los peores enemigos de Rusia y está a punto de llevar á la ruina la causa de su nación, la causa más grande todavía de los Aliados; muerto al fin por un gran noble, abiertamente, como se mata á un perro rabioso; se arroja su cuerpo al helado Neva; es sacado de allí, llevado en procesión por los ministros, depositado en un ataúd de plata, llevado en hombros por el Emperador y sus ministros, llorado por la Emperatriz en vestido de duelo: ningún novelista se habría atrevido á imaginar cuadro semejante.

I  
HE visto a Rasputin tres noches, a la misma hora avanzada y en la misma compañía—excepcional, caprichosa, exótica y que a veces hacia estremecer.

## UN FESTIN CON RASPUTIN

Un actor de uno de los teatros más concurridos, con su guitarra y sus anécdotas. Cuatro mujeres bonitas, todas como las

Una llamada al teléfono.  
—¿Quiere usted pasar la *soirée* con Rasputin?

del tiempo de Balzac. Tres escritores conocidos, los Sres. Rosanow, Kamensky y la señora Teffi. Algunos personajes mudos—parecen tímidos o venir de una fiesta.

—Y ¿cómo no querer? Es probable que un día mi nieto me pregunte: «¿Has vivido en esos tiempos milagrosos y no has conocido lo que era ese hombre?». He aceptado la invitación.

Y por encima de todos, un hombre despierto, que no parece muy joven; es el amigo de todo el mundo; es un gran hablador y un hombre divertido; no se pueden pasar sin él cuando se trata de un negocio de trigo o cuando se proyecta una juerga monstruo. En esto también es el actor principal y el jefe de orquesta.

Voy a la casa de la cita, donde hay una atmósfera extraña, donde se nota que *pasa algo*.

—¡Qué abigarrada es esta sociedad!  
—Un poco de paciencia; todavía lo será más.

El interior es frío; se diría un piso de soltero; se echa de menos la mano de mujer, pero en todo hay una generosidad y una prodigalidad de comerciante enriquecido. Amplias habitaciones; un mueble de valor; un mar de vinos variados —¡y esto en tiempo de guerra! Se ve que van a recibir media hora al visitante, que van a tratar con él algún chanchullo de algunos miles, que lo celebrarán con libaciones y que se marcharán de aquí, de este *frente de combate*, a otro sitio, a casa donde se está más caliente y más a gusto.

Esperamos que vengan tres coristas de la catedral de Kazán. Y quizá veamos por aquí a Kuprin (famoso estritor ruso).

### II

¡Y qué sociedad tan abigarrada! Hay tres o cuatro agentes de grandes casas cinematográficas. El representante de una gran redacción, completamente típica.

Me paseo por las habitaciones y cruzo las manos con cierta perplejidad. Un pensamiento me asalta: «Hay mucha gente y él acaso no asistirá a la fiesta».

Pero al entrar en un cuartito de paso, veo—separado de tres invitados que discuten bajo la abundante luz eléctrica proyectada desde el techo—tenerse de pie a un hombre de alta talla, vestido





con una sotana corta. No dudo un instante. Le he reconocido por los retratos, que se parecen lo suficiente entre sí.

Con esa túnica negra, cerrada hasta la garganta, es con la que aparece en todas las fotografías. Medias botas rusas, muy anchas, y sobre las botas, sobre el paño de gran valor, se percibe un lujo de *mujik*, que no quiere ocultarse. Se diría un auténtico encerador de suelos que no es borracho y que vive con holgura. Cabellos largos y rectos, como untados con aceite, le caen a derecha y a izquierda del rostro. Una mecha rebelde recae constantemente sobre los ojos; la levanta con gesto rudo y torpe. Una ancha barba oscura, rojiza en el borde, una barba hirsuta y que no ha conocido las tijeras, corre todo el óvalo de la cara. Nada de belleza, nada de inspirado en su nariz carnosa, en sus labios sensuales gruesos. Pero los ojos vivos y *particulares*, a veces pueden estar sin expresión, vagos, hasta parecer apagados. A veces pueden hacerse, como lo he de ver más tarde, láguidos, insinuantes y excitantes.

Quizá ha adivinado mi interés por él, en el vivo gesto con que avanza a su encuentro; me tiende la mano y me dice algo parecido a la expresión de un deseo lejano de conocerme. Responde a mi saludo afablemente y con una sonrisa corta; y al minuto siento su mano que me coge por el talle. Muy cortesmente me hace ir a su lado, avanzamos, y me habla de una manera lenta, como hablan en nuestros campos los *mujiks*.

—Vámonos de aquí a otra parte. No me gusta hablar bajo esta luz—y me señala con los ojos la luz eléctrica.—Además, se está en público...

Un minuto después, nos paseamos solos en un cuarto próximo. Siento el contacto tibio no sólo de su mano, sino de su cuerpo entero.

—¡Oh! ¡qué agitación tenéis ahí, qué agitación! —dice.—Yo la detesto. Y siempre es lo mismo. Llegas de tu pueblo y todo lo que has ahorrado lo gastas aquí...

—¿Lo dice usted, sin duda, en un sentido espiritual?

—¡Ah! Claro; en un sentido espiritual — afirma desechando el pensamiento de los gastos materiales.—A mi me gusta el campo. La sencillez del campo es lo que me gusta. Bueno, tú que eres un sabio, ¿has leído el *Salterio*? Ahí sí que se habla bien de la sencillez del campo. En

mi pueblo tengo un bosque, tengo ganado y un corral. Todo esto es para el alma. Y aquí todo se hace en público...

Ven un día a mi casa de aquí, para que veas a cuanta gente recibo cada mañana. Ciento cuarenta personas. Pierdo la cabeza. Con la espera tendrás tiempo para pensar en tu alma, ¿eh?... ¿Quieres decirme quiénes son todos esos invitados?

Le doy datos de los que conozco.

—¿Escribe artículos?—me pregunta hablando de Rozanow; y de la señora Tefi no se le ocurre otra cosa que decir:

—¿También escribe artículos? ¡Aquí está! En seguida empieza a detallar con la mirada el rostro de la Sra. Tefi. Esta acaba de entrar con los otros invitados.

La mira con ojos amables y maliciosos, coquetos y punzantes, que fija sólida mente, esos ojos maliciosos y vivos, como si hiciera puntería en un blanco.

—Bueno, Grisha, ¿la has mirado ya bastante?—le grita el que hace de dueño de la casa.—Pueden ustedes sentarse.

Tú, Grisha, quitate el mandil. ¡Señores, a la mesa!

### III

Rasputin se quita la sotana, la deja en brazos serviciales, como el arzobispo deja la casulla a un sacristán, y queda en mangas de camisa—de una rica camisa de seda amarilla, no muy limpia y que se le pega a la carne en los anchos y grasientos hombros y en los brazos, modelándolos admirablemente.

Un minuto, está algo azarado; en seguida pierde el azoramiento que pudiera causarle *su celebridad* y se entrega por completo a sí mismo, a las viandas, a las bebidas y a sus más próximos vecinos.

Quince o veinte pares de ojos, reunidos alrededor de esta mesa, se fijan en él; pero todas las atenciones y el gran interés de los asistentes le regocijan mucho y los acepta como cosa debida y merecida, sin enervarse; está muy a gusto y parece no querer ocultar su contento.

Le dan el primer plato de sopa de pescado muy grasienta, y él la rocía con vino blanco—bebe y responde cortés a los cumplimientos.

Pronto se anima, se alegra y se va haciendo sencillo. Sus ojos se ponen a reír y a brillar. No tiene *pose*, no hay rebuscamiento en sus maneras; muéstra-





se tal como es: un salvaje que se siente alegre. Y se vuelve con descaro hacia su interlocutora, al lado de la cual le han puesto intencionadamente. Se libra, como puede, de las atenciones de los amigos que a cada instante surgen a su espalda para ofrecerle algo.

—¡Déjame, déjame! ¡Gracias, querido! ¡Ya me serviré yo mismo!

#### IV

Apenas meto la cuchara en la sopa, y observo que ya hace el amor a su vecina. Le dice no sé qué sobre el amor y se excita con las respuestas picantes de una mujer experimentada.

—¡Sobre ese tema ha escrito algo admirable estos días!—exclama el dueño de la casa—y lo hemos copiado a máquina. ¿Quiéren ustedes que se lea?

—Sí, sí—gritan varios.

Rasputin se siente halagado. Una hoja de papel pasa de mano en mano. Alguien lee en alta voz varias líneas que no dejan de tener cierta belleza ingenua y primitiva. Algo por este estilo:

«¿Quién ha dicho que mi amor es un sol? ¡Oh! qué mentira! Mi amor es más bonito que el sol. El sol brilla por el día, y a la noche desaparece. Mi amor siempre, todo el tiempo, está conmigo! Yo podría vivir sin el sol; pero sin mi amor, muero a cada instante».

—Eso es completamente de Rabindranat Tagore—grita maravillada una de las damas.

Rasputin se siente halagado, como un niño, ante el asentimiento del concurso.

Entonces, la literatura aleja de él la atención general. Las miradas se dirigen a otra parte. Y él, desentendido de la discusión, se entrega cada vez más al juego alegre del amor con su vecina, una dama a quien ha conocido esta noche.

#### V

Mi vecino y yo oímos claramente lo que le dice y vemos cómo su ancha mano cubre la diminuta de la dama y le quita una sortija.

—¿Sabes? Ya no te devuelvo la sortija. Mañana vendrás tu misma a buscarla a mi casa...

—¡No! ¡No! ¡Hoy, ahora, dámela ahora!

Aunque parezca extraño sus palabras

no sorprenden ni resultan groseras; no tienen nada de cínicas. Es que verdaderamente las dice de un modo muy primitivo y campesino, a lo *mujik*—y empieza a estar borracho.

El hombre del campo sale con más fuerza en él. No olvida ninguna de las tonterías que hacen referencia a los más tiernos sentimientos.

¡Qué contraste entre él y los que le rodean! Se asemeja tan poco a ellos como su camisa amarilla a los *smokings* de los invitados.

Miro a éstos: al célebre actor, a los agentes de las casas cinematográficas, a las damas balzacianas, a los periodistas—mundo revuelto, cubierto con una capa de indiferencia: el cigarrillo siempre en los labios.

Y un grito, un grito de espanto, me hace mirar otra vez hacia Rasputin. Su vecina, la dama de la sortija, se ha puesto en pie y se desploma.

#### VI

Lo primero de que me doy cuenta es de que otras dos mujeres se echan a los pies del *mujik* y gritan:

—¡Cierra los ojos! ¡Cierra los ojos! Rasputin, obstinado y ebrio, apoya su mirada en la mujer caída. Instintivamente me lanzo hacia él; las mujeres me detienen y quedo perplejo: el resto de la reunión no se emociona y sigue indiferente fumando sus cigarrillos.

Rasputin vuelve hacia mí su mirar; también parece tranquilo.

—Tú no tienes la culpa—me dice—tú no has querido envenenarme.

Y derrama sobre la mesa el líquido de su copa donde flota un polvillo poco perceptible.

—¿Ves cómo vivo? Siempre hacechando...

La dama de la sortija, socorrida por las otras damas, algo repuesta, nos mira a todos con recelo:

—Estabas advertido!—murmura desviando su vista de Rasputin.

Las risas y la broma sacan de su indiferencia a los invitados.

—Tú me dirás toda la verdad! ¡Toda la verdad!—exclama el *mujik*, ebrio, que alarga los brazos y acaricia a su envenenadora.

—No te delato—continúa—pero no lo olvides: todo lo que a mí me pasa, se sabe; y todo lo que se me hace, se paga.





## VII

No he podido verle bailar esta noche. Porque, de pronto, le llamaron al teléfono. Volvió consternado. Se puso febrilmente la sotana y dejó caer, entrecorridas, algunas frases:

—Me tengo que ir... No hay más remedio... Esperadme; vosotros, no os

marchéis... Ni tú tampoco—le gritó a la dama de la sortija.—Volveré sin falta... Aunque sea muy tarde, volveré...

Y se fué volando; y con él levantaron el vuelo los dos *detectives* que siempre le guardaban y que miraban por su persona, allá, en la cocina...

A. ISMAILOW.

Y ascendimos al volcán. El boquerón arrojaba humo, mucho humo. Pero después, más tarde, nuestros ojos contemplaron el espectáculo más grandioso que en la vida hemos admirado.

Fulguraban llamas formidables. Como pajas de luz arrojaba el cráter ígneas piedras; y es aquello tan grandioso, que, el corazón, presenciándolo, se queda atónito en "re la vida" la muerte.

De las entrañas de la madre tierra exhálase uno como suspiro colosal, y aquel cráter que bulle en el fondo del boquerón parece que sube y sube, como si fuera una pirámide.

Mis compañeras de excursión, Aminta, Julia, Emelina, Matilde, Soledad, Margot, Teresa y Carmencita, con sus vírgenes e inocentes almas contemplaban en éxtasis aquel fenómeno maravilloso, que nos hizo pensar hondamente en el infinito poder del Hacedor Supremo.

El fuego se retuerce allá en rojas espirales y retumba el trueno en la concavidad espantosa, y se estremece la tierra, y el lenguaje humano no tiene palabras para describir tal grandiosidad.

Y nosotros, al lado de las candorosas niñas, mudos y absortos, admiramos aquel torrente de fuego y humo que se axhála entre estruendosas detonaciones allá en el viejo volcán, indiferente atalaya de los siglos, testigo mudo de nuestros triunfos, de nuestras glorias, de nuestras luchas fratricidas y también de los dolores que hemos sentido los salvadoreños al través de muchas generaciones.

Nadie que haya contemplado el magnífico espectáculo podrá decir que ha visto algo más sublime que el que allí ofrece la naturaleza.

Una fantástica aborada pirotécnica grandiosa y suntuosa, sería pálida ante

## EN EL VOLCAN DE SAN SALVADOR

la maravilla a que nos venimos refiriendo. Del cráter, al hacer cada explosión, suben enormes piedras rojas que descienden cayendo en distintas direcciones y semejando estrellas fugaces, fúlgidos meteoros o radiantes cometas.

Ascendimos al volcán. Pero es imposible reproducir, aunque pálidamente, tanta grandeza, tanto horror y omnipotencia plutónica: sólo sabemos que,

"Rodamos en la mitad de la partida, Sin saber qué se esconde tras el velo De esa quimera azul que llaman cielo, Enigma de la esfinge de la Vidal"

F. J. RIVAS.

## DESPEDIDA

Es preciso partir, Madre, me voy. Cuando, en la pálida obscuridad del alba triste, tiendas tus brazos hacia mi cama, yo te diré: *Tu hijo se ha ido.*

Madre, me voy. Me convertiré en una delicada corriente de aire para acariciarte, pisaré el agua en que te bañes, y una y mil veces te besaré.

En la noche tempestuosa, cuando la lluvia se empaque en las hojas y promueva un susurro tenue, oirás el murmullo de mi voz junto a tu cama, y mi risa te llegará con el relámpago, a través de la ventana abierta de tu cuarto.

Si estás desvelada pensando en tu hijo, desde la altura de las estrellas te cantaré: *Madre mía duerme.* Montado en los rayos errantes de la luna llegaré a tu cama, y me reclinaré sobre tu pecho mientras duermas.

Seré un ensueño, y me disimularé en tu interior, entrando por tus párpados entreabiertos, y al despertarte y volver la vista asustada en torno tuyo, seré un pequeño insecto luminoso que despida chispas en las tinieblas.

En la gran fiesta de Juyá, cuando los niños de la vecindad vengan a jugar en torno de la casa, me incorporaré a los sonidos de la flauta y durante todo el día resonaré en tu corazón.

Mi tia querida, al traerte los regalos de Juyá, te preguntará:—*Hermana ¿dónde está tu hijo?*

Y tú, madre, mía le dirás:—*En las pupilas de mis ojos, en mi cuerpo, en mi alma.*—R. TAGORE.





## APUNTE CARICATURESCO



Calígrafo de lo fino,  
por su talento y también  
por su cuello serpentino  
merece un alejandrino  
de Rubén.

## LA NEREIDA

Un judío de Harlem, Moisés, viejo rabino,  
cuya riqueza astral a los reyes cautiva,  
entre otros mil prodigios, en un salón divino  
de su palacio, tiene una Nereida viva.

Muda y pálida cual rosal que va muriendo  
de un sombrío hospital en la cerca musgosa,  
la Nereida los días pasa soñando, oyendo  
lo que le cuenta un viejo caracol color rosa.

Mecida por la música que el caracol le miente,  
en espíritu torna a las ondas natales.  
Ve tritones, de algas coronada la frente,  
persiguiendo las niñas, ornadas de corales.

Entra en grutas cerúleas su sueño persiguiendo:  
en las aguas contempla su desnudez divina,  
y albos hilos de perlas a las trenzas ciñendo  
corre, llamando al bello tritón que la fascina.

Al són del caracol se adormece el luar.  
Oye de los alciones los lánguidos adagios,  
y va con sus hermanas hasta el fondo del mar  
a buscar, entre plantas, tesoros de naufragios.

Escuchando a su viejo caracol color rosa,  
por la voz de los mares lejanos arrullada,  
la Nereida en su rico camarín silenciosa,  
de cuanto en torno ocurre ni escucha ni ve nada.

En vano el buen judío la lleva a su florido  
jardín: vivero fúlgido de raras pedrerías.  
Ella, pegado el viejo caracol al oído,  
ni aspira su perfume, ni mira a las peonías.

Claman en las mañanas de fiesta, entre la bruma  
las campanas de Harlem en ritmo endomingado,  
más la linda Nereida, blanca como la espuma,  
tan sólo escucha el eco del caracol amado.

Vienen de lejos reyes en larga comitiva,  
humillando en fulgores el más áureo poniente;  
llegan los nobles héroes; más la Nereida esquiva  
ni escucha ni ve nada, oyendo el mar ausente.

Le habló, en vano, de amores, el hijo del judío  
y por fin una tarde se ahorcó desesperado.  
Llora el viejo Moisés en su dolor sombrío,  
y ella sigue escuchando su caracol amado.

Moisés en un arranque de cólera violenta,  
furioso la apuñala; más ella, silenciosa,  
ajena a cuanto pasa, muere sin darse cuenta,  
escuchando a su viejo caracol color rosa.

EUGENIO DE CASTRO.





EL culto caballero miguелеño don Pedro A. Bruni, es un banquero que

allá en sus mocedades escribió muchos versos, de preferencia sonetos. Curado que fué de lo que él llamara su manía poética, dedicóse a labrar una fortuna lo más lejos posible del Parnaso; tan lejos, que para librarse de todo peligro de reincidencia y evitar el contacto de las musas, eligió como refugio, y a guisa de inexpugnable fortaleza, el Banco de Occidente de Quezaltenango.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que contra el frío acero de las cajas fuertes, rompió la lira en mil pedazos aquel joven sentimental.

Allá, en aquella ciudad, conocí a don Pedro, como director de la citada floreciente institución bancaria.

Y aquí entra la anécdota.

Cierta memorable ocasión, el eminente escritor Federico Proaño hubo de solicitar de s. amigo «Pedrito», por medio de una carta, que era una maravilla de discreción y gracia, no sé qué servicio relacionado con la cartera del banquero. Probablemente la contestación no venía acompañada de algo más positivo que las promesas, porque don Federico, sin pérdida de momento, hubo de recurrir a una de esas medidas que los traductores del cable llaman drásticas, y así fue que empuñando nuevamente la bien adiestrada pluma, con aquel su modo irónico que le era peculiar, formuló esta amenaza: (no, porsupuesto, descarnada, como yo la presento, sino adornada con todas las donosuras que es fácil imaginar en quien como Proaño pasó a la postoridad con fama de insigne escritor satírico) que si «Pedrito» no le resolvía favorablemente su asunto dentro de pocas horas, publicaría en el Diario de que era redactor (y yo gacetillero) algunos de los sentimentales versos que el prosaico banquero de hoy había dado a luz en San Miguel, allá en sus picaros días literarios.

Don Federico tenía la coquetería del talento y de la palabra, según la frase feliz de Ricardo León, y esto, unido al indomable horror que al magnánimo don Pedro inspirábase su tormentoso pasado poético, fue motivo más que suficiente para que la «negociación» tuviera un éxito feliz; no por cierto para el banquero,

## UNA ANÉCDOTA

sino para don Federico y, por carambola, para mí también.

Y ese día almorzamos con vinillo del Rihn, y hubo flores en la mesa y muñecas y bombones para la pequeña Bolivia (hoy doña Bolivia Proaño viuda de Olmedo).

He traído a cuanto la anterior anécdota para conocimiento y provechosa advertencia de los señores redactores de «El Heraldó» de San Vicente, quienes con la mejor intención del mundo, no lo dudo, y en la sección de «Oro Viejo», han comenzado a reproducir los ya olvidados versos de don Pedro.

Tal exhumación, tan inofensiva en apariencia, toma proporciones de feroz agresión, si bien se mira; salvo que en don Pedro hayan retoñado milagrosamente las antiguas aficiones líricas, y seale grato al presente contemplarse en «El Heraldó», como en un espejo mágico y retrospectivo, con la lira a la espalda y la sonrisa en los labios, trepando afanoso la escarpada pendiente que conduce a la gloria... y al montepío. Pero no! Quien como don Pedro se ha familiarizado ya con el brillo de las libras esterlinas, no puede tener en mucho el brillo de unos ojos negros, ni el brillo de un sol agonizante, ni el brillo de una lágrima furtiva; cosas todas ellas que son fuente de inspiración para cualquiera, pero nunca para un banquero.

FÓSFORO.

## CONFESIÓN...!

(A Merceditas Sampera.)

Para ACTUALIDADES

Ya no puedo callar...! Es ya preciso  
Que tú no ignores lo que pasa en mí;  
Por eso exhalo mi primer aviso,  
Para que sepas que, cual Dios lo quiso,  
Yo tengo un alma que te adora a tí...!

Soy ave errante que dormí en las ruinas  
Bajo la sombra que me dió un bambú;  
¡Vengo de paso...! Si a mi amor te inclinas,  
Te ofrezco un nido en la «ciudad-neblinas»  
Con tal que vengas a reinarlo tú...!

EVE.

Cojutepeque, agosto de 1917.





**P**RÍNCIPE argivo, semifantástico y bello, descendiente directo de una familia de dioses y de virgenes. Argos encarna la vanidad: cuando Mercurio envidioso de sus triunfos le dió muerte después de haberlo adormecido con un elixir extraño, el Júpiter Olímpico queriendo perpetuar su sagrada memoria, le arrancó los ojos y adornó con ellos el abanico del pavo real indio. La historia de este joven príncipe es una leyenda. Era egoísta en extremo, pero sin embargo dentro de su egoísmo tenía destellos de grandezas; amaba ciegamente a la poesía y cuando las ninfas, esas románticas vagabundas de las playas lo visitaban, él pulsaba su lira hecha con dos cuellos de ánades y las adormecía, con sus cánticos tiernos y tristes, expresiones sinceras de su alma soñadora. Evocaba todas las noches serenas y melancólicas el espíritu divino de Eusofronia, la pálida princesita de Corinto, y cuando el espíritu lo visitaba, recorría con él las gloriosas ruinas de un arabesco alcázar, donde en otro día ya lejano había confesado el único secreto erótico que guardaba su corazón. Y allí, viendo correr las aguas turbias de un riachuelo turbulento, lloraba amargamente y entre suspiros y lágrimas decía: ¡Oh! tú! noble espíritu, llévame contigo, quiero ver el sarcófago donde descansa mi dulce amada... Y el espíritu le respondía: llora mucho, purifícate primero; tu vanidad vergonzosa, fué el causante de su muerte; resignate Argos: pero Argos no se resignaba. En una reunión de dioses y sus vástagos, se presentó Argos ostentando en su mano derecha una corona; al preguntarle las divinidades lo que simbolizaban aquellas ramas de laurel entretregidas, el vanidoso príncipe les contestó: nada os importa; esta corona me la dieron las mejores mujeres de la tierra, admiradoras de mi belleza y de mis cantos: me llaman el más divino de los príncipes y dicen que mi vestuario es mejor que el vuestro, augusto Júpiter. Mercurio que lo odiaba por sus triunfos y porque le había robado el amor de Eusofronia, lo hizo callar y blandiendo un brillante tridente le gritó: con esta arma os despedazaré divinidad vanidosa; pero Júpiter se interpuso y tontando las manos del joven Argos lo besó en la frente y le ordenó que volviera a sus

## ARGOS

dominios. Una noche bajaba Argos taciturno y triste por bajo los plátanos de Corinto, cuando se le presentó Mercurio, metamorfoseado en una ninfa; bebe joven bello, le dijo este elixir que han elaborado las mejores abejas de mi jardín; y Argos bebió, bebió mucho, pero el elixir era un narcótico y pronto quedó profundamente dormido; ya no despertó más: el sueño que dormía era el sueño eterno, ese que no tiene aurora sin visiones; Júpiter bajó del cielo y le arrancó los ojos para adornar con ellos el abanico del pavo real indio....

(Tomado de la revista «Argos» de Paisandú, Uruguay.)



## BIBLIOGRAFIA

**Ante los Bárbaros** (Los Estados Unidos y la guerra), por Vargas Vila.—Es este libro, que acaba de publicar la Casa Maucci de Barcelona, uno de los que más resonancia han de alcanzar en los tiempos presentes.

El gran escritor Vargas Vila, tan franco combatiente y osado impugnador del imperialismo norteamericano, pone una vez más su pluma demoleadora al servicio de la causa americana propiamente dicha, de la causa americana de origen hispano que no quiere gravitar en la órbita de la política de Washington.

Tiene este libro importancia suma para las naciones todas de América hispánica, pero especialmente para la heroica nación mexicana que está siendo, desde tantos años, la primera víctima de los yanquis imperialistas.

No es posible en una sencilla nota bibliográfica dar idea de la valiente actividad que encierra en sus páginas libro tan admirable. Baste decir que en pocos días se agotó la edición especial que se puso a la venta en España y que poco han de durar aquí en las librerías los ejemplares recibidos de Barcelona.

Forma esta obra un hermoso volumen de 232 páginas y ostenta una intencionada y original cubierta del insigne artista Romero Calvet. El lema de la carátula, escrito en visibles letras rojas, es este: «El yanki; he ahí el enemigo».





**Días de París** (Agosto 1914-Agosto 1916), por Julio Llanos.—El ilustre autor de este libro vigoroso y sincero, acusa en él su doble personalidad de político perspicaz y de literato eminente. Este género de obras impresionistas, que ha de reflejar la crónica momentánea, casi imprecisa, sazónada con el comentario y elevarse sobre el medio ambiente en que se escribe para juzgar serenamente, tiene una dificultad insuperable cuando el cronista ha de condensar en sus cuartillas hechos de tan trágica grandeza como los ocurridos en Europa durante los dos primeros años de guerra que es el período que el autor abarca. Vivido en París, corazón de la guerra, adquiere este período proporciones colosales si una pluma experta sabe desentrañarlo con arte, y esto lo ha conseguido el eximio literato argentino sin más guía que su propia ecuanimidad y su propio sentimiento.

«Las impresiones y los hechos que narro—dice Julio Llanos en su breve pró-

logo—tienen el valor de un testimonio en el que hemos puesto sinceridad, ahogando, muchas veces nuestro amor a Francia, que crece con el conocimiento de la grandeza moral y las virtudes inextinguibles de su pueblo, que se han afirmado y esclarecido en la inmensa y larga tragedia».

Y este es, sobre todo, el libro de Llanos, obra veraz de toda veracidad, en la que se anota y comenta día por día el sangriento espectáculo de la guerra que llega hasta cerca de París como una avalancha, sin embotarse la exquisita sensibilidad del autor ni cegar las fuentes de sus bondades.

Esta notabilísima obra que ha obtenido un éxito resonante en América y en Europa y ha merecido el encomio de la crítica y de altas intelectualidades, forma un volumen de 378 páginas, impreso en claros caracteres y con cubierta en tricromía de Pujol Hermann.

Está pulcramente edictada por la popular Casa Maucci de Barcelona.

---

## IN MEMORIAM

UNA nueva tumba se ha abierto para encerrar los despojos de una persona honorable; don Felipe Solano, el maestro distinguido de varias generaciones en el país, murió la mañana del último miércoles en la ciudad de Cojutepeque.

La vida del maestro tan llena de azares y tan rica de pobreza, es una peregrinación harta hermosa; el maestro que lucubra constantemente para darle vida a la Patria, representa en el movimiento dirigente de los pueblos, un papel sagrado, una labor prolífica a cuya eficiencia se debe en gran parte la civilización.

En la tumba de un hombre cuya vida fue instruir, enseñar y educar, debe nacer y crecer lozano el árbol bendito de la gratitud; la sociedad como los pueblos tienen sus bienhechores, siendo el maes-

tro uno de los principales; por eso en todas las naciones en donde la civilización culmina, él ocupa un elevado puesto, y cuando baja al sepulcro, la Patria lo despidе pesados y agradecidos.

La muerte del distinguido maestro don Felipe Solano, debe ser sentida en el país entero en donde deja centenares de discípulos que saben apreciar las cualidades superiores de aquel pedagogo concienzudo y amable. A las lágrimas de todos ellos, uno también las mías, como manifestación sincera de mi dolor, y como nuestra de gratitud, por el maestro que me apreció con largueza.

F. A. TORRES.

Agosto 23 de 1917.

